

Enrique González Rojo

**LA MORAL
REVOLUCIONARIA
EN TIEMPOS
DE LA
GLOBALIZACIÓN**

Biblioteca Virtual
OMEGALFA

2021

Ω

La moral revolucionaria en tiempos de la globalización
(2006)
Enrique González Rojo

Fuente:
Blog de Enrique González Rojo

Digitalización y maquetación
Demófilo
2021

*Libros libres
para una cultura libre*



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2021
Ω

INDICE

Primera parte: Economía y moral	6
Segunda parte: Ideología y moral	59
Tercera parte: Lo jurídico político y lo moral	88
Cuarta parte: poder y moral	98
Quinta parte: Ética y moral	105
Bibliografía	120

ADVERTENCIA

Quiero empezar por advertir que, en este libro, no nos hallamos con un texto de Ética tradicional. Los conceptos y principios que normalmente aparecen en las Éticas, apenas son tratados aquí. ¿Por qué pasa esto? Ocurre porque es un tema circunscrito a una moral específica: la *revolucionaria*, y a una etapa determinada: la *globalización*. Es un examen que pretende valer no sólo para nuestro país sino también –ya que el capital se ha globalizado– para el mundo entero.

La metodología empleada a lo largo de estas cuartillas ha sido la de tomar en cuenta el modo de funcionar del capital nacional e internacional, y deducir de ello el contenido moral –inmoral más bien– inherente al sistema capitalista desde su nacimiento en las entrañas del feudalismo hasta nuestros días^[1].

Esta deducción es importante para mostrar el modo de *ser* (moral) del régimen, el *factum* conductual que cobija. Antes de intentar cambiar una situación hay que conocerla, y no sólo desde el punto de vista teórico...

El siglo XXI es también el siglo de la globalización proletaria, y del nuevo internacionalismo "de los de abajo". Pero estamos al inicio de la nueva situación. Al movimiento anticapitalista le hace falta mucho que aprender, mucho que criticar del pasado (sin dejar de tomarlo en

¹ Desgraciadamente esto no lo he podido llevar a cabo con el grado de profundidad deseable, dada la amplitud y complejidad del tema.

cuenta). Nuevos elementos teóricos, prácticos, organizativos, han de ser asimilados, desechados, reasumidos, modificados en la lucha histórica —que tendrá, creo, sus episodios centrales en este siglo— del trabajo contra el capital. Pero esta lucha también tendrá que tener en consideración el factor estimativo y moral. Se trata de una lucha no sólo contra poseedores en abstracto, sino contra poseedores inmorales, inhumanos, enemigos de la especie. No sólo se trata de un pugilato de cerebros, sino de una conflagración de afectividades. Creo que este opúsculo, en el sentido que esclarezco, puede poner su granito de arena a la lucha general que se barrunta.

Para darle la importancia que merece, en este escrito se trata esencialmente del tema al que alude el título del libro. No se busque, pues, una teoría de la globalización, una nueva propuesta organizativa o un programa de lucha anticapitalista. Algo he escrito sobre ello y no creo que sea éste el lugar indicado para insistir.

2 de abril de 2007.

PRIMERA PARTE

Economía y moral

1. Los principios de la Revolución Francesa tienen un contenido no sólo económico y social sino ético. La libertad, la igualdad y la fraternidad implican imperativos anti-feudales. El principio de la *libertad* dio lugar a las dos formas de liberalismo: el **económico** ("dejar hacer...") y el *sociocultural* (libertad de pensamiento, de palabra, de asociación, de opinión, etc.). Ambas manifestaciones del liberalismo se oponen (como lo bueno a lo malo o el deber ser al ser) a las restricciones productivas del sistema feudal y a la intolerancia religiosa del medioevo.

Pero una vez consolidado el régimen democrático-burgués, se fue haciendo evidente que la moral implícita en estos tres principios no era una moral universal, válida para todos los tiempos; era una moral contrapuesta al feudalismo (y al absolutismo), pero era, simultáneamente, una moral enemiga del proletariado en ascenso. Se trataba, pues, de una moral de dos caras, como Jano: una revolucionaria y otra conservadora.

El liberalismo no sólo hacía referencia a los derechos del hombre y el ciudadano —la libertad de pensamiento, etc.—, sino a la libertad de monopolizar medios de producción o de circulación y de explotar, por ende, el trabajo asalariado de hombres, mujeres y niños. Esta noción de *libertad* fracturaba y ensombrecía la idea de *igualdad*. No puede haber

igualdad real –como ya lo había visto acertadamente el joven Rousseau– cuando, en nombre de la libertad, los poseedores viven a expensas de los desposeídos. La interpretación capitalista de la libertad llevó al encogimiento del concepto de igualdad: ya no se trataba de pugnar por una sociedad en que las condiciones socioeconómicas fueran las mismas para todos sus integrantes, sino que ahora se hablaba tan sólo de la *igualdad de todos ante la ley*. Mas si la ley se basa en la desigualdad –porque recoge y sanciona la libertad de explotar al prójimo–, la supuesta igualdad ante la ley no es sino la contradictoria exigencia de que todos por igual reconozcan su desigualdad, y sean iguales *formalmente* en los ámbitos en que lo permite la originaria desigualdad condicionante. La interpretación capitalista de la igualdad llevó, finalmente, al encogimiento de la noción de *fraternidad*: ya no se trataba de la fraternidad entre los iguales, lo cual es posible y natural, sino de un llamado a armonizar los intereses contrapuestos del capital y el trabajo y limar las asperezas *cainitas* que pueden surgir a la hora de repartir el nuevo valor generado en la producción industrial o agropecuaria.

La primera percepción de la injusticia capitalista fue más moral que teórica. Los hombres, las mujeres y hasta los niños trabajadores sufrieron en carne propia la voracidad del capital y vivieron la incesante búsqueda de plusvalía absoluta o relativa como la explotación y el sojuzgamiento de unos hombres por otros. Antes de la explicación puntual y detallada de lo que sucedía, el salariado experimentó el atraco y se sintió víctima de las insaciables ansias de enriquecimiento de los que "libremente" habían tenido acceso a la propiedad privada de los medios materiales de la producción.

2. La Gran Bretaña y Francia, respondiendo a su momento histórico específico, mostraron, respectivamente, un gran *desarrollo* de la *teoría económica* y un importante desenvolvimiento de la **teoría social**. Los clásicos de la economía inglesa –desde Petty hasta Ricardo, pasando por Smith–, aunque no dejan de proceder relativamente de manera científica, encarnan con toda nitidez los intereses de una burguesía que ha dejado su período manufacturero para abordar el maquinismo y el "sistema de maquinaria" de la Revolución Industrial del siglo XVIII.

En Francia la situación es muy distinta. Sus economistas – los mercantilistas y los fisiócratas– expresan los puntos de vista de un capitalismo incipiente y subdesarrollado, y muy pronto serán superados por los economistas británicos que, al poner el acento en el trabajo y no ya en el intercambio mercantil o en la producción agrícola (como la fuente primordial de la riqueza), son reflejo de un capitalismo consolidado y pujante. Pero en la Francia del siglo XVIII tiene lugar la Revolución Francesa y ésta trae consigo no sólo, y primordialmente, un ideario democrático-burgués, sino la aparición explosiva, a partir sobre todo de 1830, de una serie de reformadores –entre los cuales ocupa un lugar señalado el socialismo utópico– que diseñan y configuran la teoría social francesa [2].

² Aunque en Inglaterra sobresale la teoría económica, no pueden olvidarse los grandes movimientos sociales y su justificación teórica que van desde los *niveladores* hasta los *owenistas*, sin olvidar el gran movimiento *cartista* de carácter obrero. Y también, por más que en Francia predomine la teoría social y los reformadores "anticapitalistas", la economía no deja de tener figuras relevantes como el gran Quesnay y algunos otros, más bien vulgares, que no dejan de tener influencia, como Say y Bastiat.

Una característica muy visible de los reformadores franceses de las primeras décadas del siglo XIX es que su teoría social se presenta con un ropaje de prédica moral. Los vocablos injusticia, egoísmo, usura, misantropía, etc., son empleados de común para fustigar a los capitalistas, comerciantes y banqueros; así como los términos solidaridad, compañerismo, entusiasmo, esperanza, etc., se utilizan frecuentemente para animar a los trabajadores y ,sus coaliciones en lucha, las más de las veces defensiva, en contra del capital (y del poder).

Como ocurre siempre en la práctica ética, los reformadores de entonces, tras de denunciar la *manera de ser* de los explotadores –por ejemplo su carácter ambicioso y egocentrista– los exhortan a abandonar tal conducta y propiciar un cambio que resulte favorable a los esclavos asalariados y a los parias producidos por la formación capitalista. A la *manera de ser*, hay que oponer un *deber ser* que transforme la situación y abra las puertas a una sociedad más armónica y con menores cargas de infelicidad. El egoísta debe combatir su tendencia predominante y asumir decididamente la actitud contraria: la *filantropía*. Los trabajadores, por su parte, tienen que hacer a un lado su individualismo, sus vicios (su amor por la taberna, por ejemplo), su estrechez de miras y organizarse para presionar a sus patronos, moverles el corazón y despertarles el amor fraterno; o para aprovechar las reformas provenientes de los poseedores a quienes la compasión, la piedad o "el amor al prójimo" les han hecho tomar la decisión, conmovidos, de tender la mano a los menesterosos y desposeídos. Exagerando un poco, puede decirse que en ese momento la vanguardia de los obreros y obreras se hallaba ubicada en los incendiarios púlpitos de algunos templos progresistas.

El ropaje moralizante que reviste la teoría social de los reformadores, por lo general proviene de o se inspira en un cristianismo plebeyo y militante contrario no sólo a la explotación capitalista y sus consecuencias, sino a ese cristianismo elitista y antipopular asociado con el poder y los explotadores que, con sus prédicas ultramontanas, operaba (y opera) como el ángel guardián del sistema productivo basado en la exacción de trabajo no remunerado por parte del dueño de la fábrica y/o de los medios indispensables para la circulación. Esto es notorio no únicamente en pensadores como Lammenais, que era sacerdote, sino en buena parte de los socialistas utópicos, saint-simonianos, fourieristas e icarianos, que más bien tendían a considerarse laicos. Este es el panorama de la teoría social francesa cuando Marx llegó a París en 1843, fecha en que empezó a reflexionar^[3] sobre la estructura, la función y la esencia del sistema capitalista, todo lo cual culminará, como se sabe, en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), escrito en colaboración con Engels, el cual sentará las bases para que, posteriormente, en 1867, surja su gran obra: *El capital*.

Para hacerse de una idea clara de lo que sucedía en la esfera de la producción de mercancías y de la incesante reproducción de la fuerza de trabajo asalariada, era indispensable hacer a un lado, de manera provisional, la abigarrada maleza ideológica moralizante y su fundamento idealista y religioso. Antes de plantear cualquier sistema normativo y sus exigencias de cambio, era obligatorio captar el modo de ser, la manera de operar, el origen y las tendencias del régimen de producción de mercaderías. Marx se dedica a

³ Como lo hará también Engels en *Esbozo de crítica de la economía política* (1843-44) y en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), etc.

tratar de entender durante años (al margen del contenido ético positivo, negativo o ambivalente que puede acompañar a sus descubrimientos), la acumulación originaria del capital, los mecanismos por medio de los cuales se engendra el plusvalor y la dinámica conflictiva de la reproducción ampliada del capital^[4].

⁴ Howard Selsam escribe: los marxistas "no hablaron, por lo general, de los valores morales, de la humanidad y de otras cosas parecidas; pero su acción estuvo siempre inspirada por el ideal de lo racional, de la sociedad humana sin clases, en la cual el bien de cada uno es el bien de todos. Ellos se abstendían de hablar al respecto... porque no querían que se confundiera su análisis científico del proceso económico y social con la utopía socialista moralizante, y porque veían justamente que la burguesía había generalizado o movido los términos expresiones, como "justicia", "derecho universal", "la mayor felicidad para el mayor número posible", hecho que les hacía temer que sus propios ideales morales fueran confundidos con los de la clase enemiga", *Socialismo y Ética*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1946, p. 124. Un poco antes aduce lo siguiente: "Las deducciones concluyentes de la cita de Engels [alude a una cita de *El problema de la vivienda*, EGR] nos hacen ver por qué él y Marx prescindían de las categorías morales al hacer sus análisis científicos del proceso productivo del capitalismo. El hecho de que lo hicieran así no quiere decir que ellos no tuvieran para nada en cuenta las ideas de la justicia; quiere decir, simplemente, que un análisis científico de esta economía y de su necesaria transición a un nivel superior puede llevarse a cabo en mejores condiciones, si se dejan de lado momentáneamente las cuestiones morales. El último dilema en este caso sería saber si deben emplearse los conceptos morales tradicionales en sus estilos también tradicionales (lo cual llevaría más bien al reformismo que al socialismo científico a causa del contenido clasista de estos conceptos), o emprender una laboriosa reconstrucción de la ética, basada en la dialéctica y el materialismo histórico", *Ibíd.*, p. 59.

3. Si se ve superficialmente, el capitalismo aparece como una economía de mercado, como un "enorme arsenal de mercancías" (Marx). En apariencia, el monarca absoluto del sistema es el intercambio simple de mercancías a través de su intermediario general. Pero la fórmula M(mercancía)- D(dinero)-M(mercancía) o el hecho de *vender para comprar*, no se contradice, a nivel social, con la fórmula D(dinero)-M(mercancía)- D(dinero)', que es la fórmula del capital, o sea con el hecho de *comprar para vender*. Aunque mucho hay que se vende para comprar, lo decisivo, lo determinante es comprar para vender, y vender con beneficio. La fórmula M-D-M se halla bajo el dominio indiscutible de la fórmula D-M-D'. El capital compra *capital constante* y *capital variable* —o sea medios de producción y mano de obra— para producir una mercancía que en el proceso productivo —por obra y gracia de la fuerza de trabajo— transfiere el trabajo muerto al producto y, lo que es verdaderamente significativo, crea *nuevo valor*: el equivalente a la fuerza de trabajo (salario) y trabajo excedente (plusvalía). La esencia del capitalismo no es, entonces, ni el mercado ni el empleo, sino una forma especial de entrar al mercado y una forma específica de emplearse. El capitalista compra materias primas, etc., y hace que sus operarios generen mercancías para venderlas, y venderlas con "ganancia". Como el plusvalor contenido es engendrado por los trabajadores a su servicio, las utilidades por él obtenidas no son otra cosa que *trabajo impago* (no pagado), es decir, *una refinada, habitual y cínica manera de latrocinio*. Por otro lado, los "empleadores" ofrecen empleo y a veces son vistos como una bendición por los individuos que ni siquiera tienen un trabajo remunerado; pero éstos no son contratados por amor al prójimo,

por patriotismo o por cualquier otro principio ideal, sino que lo son por el vulgarísimo hecho de que esa es la más habitual y segura manera de enriquecerse. Los trabajadores son requeridos, pues, para explotarlos. ¿Que se les da trabajo? Es un hecho. ¿Que se les permite así sobrevivir? Qué duda cabe. Pero la finalidad profunda todo ello es la realización puntual de la fórmula D-M-D', con el lucro que presupone^[5].

Desde el punto de vista del sistema capitalista, de sus leyes y encuadramiento ideológico, la compra-venta de la fuerza de trabajo parece no implicar un robo porque el capitalista compra esta última *en lo que vale mercantilmente*. Como el *valor de cambio* (o el precio) de la fuerza de trabajo se sustenta en su *valor* (es decir, en el trabajo socialmente requerido para producir los medios de consumo indispensables que exige la sobrevivencia del operario y su familia), al obrero le pagan con su salario lo que vale estrictamente su fuerza de trabajo en el mercado de la mano de obra capitalista. Los salarios pueden decrecer o crecer por la intervención de otros factores. Mencionaré dos: el ejército industrial de reserva y la lucha sindical. El aumento de desocupados, por ejemplo, tiende a deprimir los salarios del ejército industrial en activo. La lucha sindical puede lograr, aunque sea momentáneamente, que la distribución del nuevo valor producido se modifique un poco a favor del obrero... Mas, independientemente de estos *factores de influencia* perturbadores, el salario es el *valor de cambio* de la mercancía fuerza de trabajo. Visto todo desde la perspectiva del trabajador se trata de un intercambio de

⁵ El panista Felipe Calderón, al promoverse como el “candidato del empelo” –formulación en apariencia positiva y esperanzadora– se estaba presentando en la escena pública, sin decirlo, como el candidato de la justicia y la explotación.

equivalentes por medio del dinero o la puesta en acción de la fórmula M-D-M, que es la fórmula del intercambio simple de mercancías: el obrero vende, en efecto, su fuerza de trabajo (M) al patrono a cambio de un salario (D) que le sirve para adquirir los medios de consumo –fundamentalmente de primera necesidad (M)– requeridos para la subsistencia de él y de su familia. Pero si nos colocamos en la perspectiva del capitalista, advertimos que él ha comprado una mercancía que tiene la ventajosa virtud de reproducir el valor de su cotización mercantil y generar además un plusvalor por el que ya no hay que pagar nada. Rige entonces la fórmula del capital: D-M-D'. La reflexión moral de lo que sucede entonces, es que el contrato que el obrero lleva a cabo con el capitalista –aunque se presenta como un intercambio de equivalentes– implica un atraco: al obrero se le roban horas de trabajo o, lo que viene a ser igual, se le despoja de una parte importante de su actividad productiva. Quiérase o no, estamos en presencia del *latrocinio del trabajo impago*.

4. El *trabajo impago* es una categoría económica: nos habla de un sobrevalor generado por los trabajadores y acumulado por el capitalista. Pero también, desde el punto de vista moral, es una forma de depredación y atraco: el beneficiario de este trabajo no retribuido es el *otro* del obrero: el dueño de la fábrica, su "empleador", el que paga un salario y se queda con la plusvalía. Para decirlo descarnadamente: el trabajo impago hace de los capitalistas truhanes solapados, bandoleros de traje, rólex y automóvil último modelo. Pero no sólo son bandidos o perpetradores de infinitas y constantes injusticias a nivel mundial, sino que son al mismo tiempo marrulleros, demagogos, embaucadores. Tras de advertir que en un país subdesarrollado

como México, multitud de personas necesitan emplearse para sobrevivir, se presentan (porque se han hecho de capital o lo han heredado), como demandantes de mano de obra y, por consiguiente, como benefactores de los desocupados, menesterosos o los empujados a la economía informal por las severas condiciones de vida. Pero lo que ocultan los capitalistas es esto: dan trabajo *para* enriquecerse, son promotores del empleo porque éste es la *conditio sine qua non* del despojo. Por eso *no sólo son truhanes, sino marrulleros*. Muchos desocupados lo saben o lo intuyen y al aceptar un trabajo que se les ofrece, advierten que no es un favor que se les hace, sino un hecho que implica una contratación que los va a obligar a dividir su jornada en *trabajo necesario* (salario) y *trabajo excedente* (plusvalor). Aceptan ser explotados, entonces, porque es la única forma de sobrevivir que tienen al alcance de la mano. Pero hay otros desocupados que, por desgracia, no alcanzan a entender que las fábricas y empresas en general son los sitios privilegiados donde los hampones capitalistas perpetran su atraco legal cotidianamente y, haciéndose eco de las marrullerías ideológicas de los capitalistas, se sienten afortunados —cuando menos al principio— por haber conseguido trabajo...

El *trabajo impago* es una injusticia. Pero no todos los explotadores están ubicados en el mismo nivel. Las transnacionales, los grandes capitalistas, comerciantes, banqueros, etc., no son raterillos que usurpan el trabajo excedente de unos cuantos operarios, como lo hace la pequeña burguesía y, en un plano superior, la burguesía mediana, sino que son grandes ladrones que monopolizan, administran y usufructúan el trabajo de millones de trabajadores.

5. Claro que los capitalistas justifican su existencia y tratan desesperadamente de ocultar el significado, en términos de justicia, del proceso productivo gestado en y por los medios de producción de los cuales son propietarios. Arguyen, por ejemplo, que la función del capital es progresista y benefactora no sólo porque da trabajo a quienes carecen de él, sino porque, impulsada por la competencia, promueve la creación de toda suerte de mercancías que satisfacen las más variadas necesidades del pueblo. Sin la acción multifacética del capital se deterioraría el consumo y los múltiples requerimientos de individuos y agrupaciones quedarían insatisfechos. Como en el caso anterior, en esta argumentación se oculta nuevamente el resorte principal de la producción capitalista: ser una producción más que de mercancías de plusvalía. Ciertamente los obreros que trabajan para un capitalista crean mercancías, cierto es que esas mercancías, como contenedoras de un *valor de uso* determinado, se hallan destinadas a satisfacer una necesidad; pero la elaboración de mercancías, como la acción de "dar trabajo" a los desocupados, es asimismo condición necesaria para que pueda realizarse el lucro, es decir, la tropelía del *trabajo impago*.

La astucia o marrullería del capital no termina aquí. Otro argumento defensivo que esgrime de común es el siguiente: en la producción capitalista, cada uno de los factores que intervienen en el proceso productivo obtiene lo que justamente le corresponde: los empresarios: la *ganancia* —porque son quienes ponen el capital, el riesgo y un trabajo de permanente vigilancia—; los gerentes y personal directivo: el *sueldo* —ya que son los encargados de la administración general de la empresa— y los trabajadores manuales (e intelectuales): el *salario* —en virtud de que son operarios que trabajan una jornada laboral determinada a

cambio de una remuneración. En este esquema no habría *trabajo impago* y, por consiguiente, la producción capitalista no podría ser caracterizada como lugar de explotación e injusticia. Pero...

Conviene tomar de la historia del capitalismo datos fuertes que nos permiten distinguir la *esencia* del mismo, de ciertas prácticas aleatorias o circunstanciales llevadas a cabo por los capitalistas. Tras de la acumulación originaria del capital (que desdobló a la sociedad productiva en poseedores y desposeídos) no era extraño el capitalista que trabajaba con sus obreros como un operario más. Para ser más competitivo, no sólo intervenía en el proceso como dueño de los medios productivos, sino como una fuerza de trabajo que se añadía a las restantes. Poco después, dejó de rendir este trabajo manual porque consideró que era más provechoso para su firma dedicarse de manera permanente y especializada a las tareas de administración de su negocio. Por último, y tras de arribar a un nivel mayor de desarrollo capitalista, decidió abandonar este trabajo intelectual- administrativo y contratar para su ejecución los gerentes y técnicos necesarios para el buen funcionamiento de su fábrica. El capitalista pasó, pues, por tres etapas: fue obrero, fue administrador y es... rentista. Cuando el capitalista es uno de sus obreros o uno de sus directivos, se ahorra el salario de uno y el sueldo de otro y coadyuva al proceso de producción y competencia de su capital. En esta etapa de capitalismo austero, el industrial puede asumir las prácticas aleatorias y circunstanciales de un obrero más o del administrador principal; pero en este ahorro de insumos él no deja de ser el capitalista, el que detenta los medios de producción y usufructúa el *trabajo impago*. El hecho de que labore con sus obreros como un trabajador más o que se dedique a la práctica administrativa de su

empresa, pudiera oscurecer su esencia capitalista. Pero cuando tiene los recursos para ello y contrata la administración técnico-científica que requiere su industria, no puede impedir que aflore sin tapujos su naturaleza: él es el que goza del *trabajo impago* debido a que es el dueño de las condiciones materiales de la producción. Tampoco la idea comercial "novedosa" que se tiene, el riesgo que se corre, la audacia empresarial que se sigue y la estrategia mercadotécnica por la que se opta, pueden considerarse como la "razón" por la cual el capitalista es merecedor de la "ganancia". Al invertir en capital variable (o mano de obra), el capitalista moderno, si cuenta con un capital apreciable, no sólo contrata trabajo manual, sino un trabajo técnico-científico que se hace cargo de todos los aspectos –incluyendo los peligros– que implica una empresa eficaz y redituable. Digámoslo, entonces, así: el capitalista puede desentenderse, o casi, del funcionamiento de su firma y, sin embargo, *sigue recibiendo con toda regularidad el "beneficio" de su negocio*. ¿Cuál es la razón de que ocurra tal cosa? La respuesta, que ya conocemos, es ésta: él monopoliza esa parte del nuevo valor producido (la plusvalía) o realiza ese atraco legal y esa reiterada injusticia, porque es el dueño de la fábrica de marras y porque vivimos en una sociedad que se basa en la dictadura del capital o, lo que tanto vale, en la libertad de explotar al prójimo.

Los capitalistas arguyen, asimismo, que ellos están lejos de convertir sus utilidades en beneficio propio, pues la mayor parte de éstas las tiene que *reinvertir* para que su negocio se amplíe, ofrezca más empleos, genere más mercancías y pueda salir avante en la competencia. Y esto lo presenta como un servicio social de su empresa. Mas la falacia salta fácilmente a la vista: la reproducción am-

pliada del capital, la capitalización de una parte de la plusvalía, no se realiza por gusto o para obtener tal o cual beneficio social, sino porque la competencia obliga a ello y porque sólo así puede conservar e incrementar el lucro, es decir, el saqueo, la inmoralidad del *trabajo impago*.

Un último argumento justificatorio que esgrimen los poseedores es que sin el capital no hay trabajo ni mercaderías y que a ellos, por haber puesto el capital, les corresponde el beneficio. Aducen que el capital es ahorro y que sólo así puede haber inversión. Al ahorrar-para-invertir le corresponde el provecho. En efecto, durante un tiempo más o menos grande, el capital invertido no se recupera por completo. Es una etapa, entonces, de *sacrificio*: si se han invertido 100 millones de pesos y mensualmente se obtiene un plusvalor de 10 millones, al primer mes el 90% del capital invertido permanece aún sin resarcirse. La inversión que (por irse redimiendo gradualmente) no genera durante cierto tiempo una utilidad neta –e implica, por tanto, cierto "sacrificio"–, es la "razón" o "virtud" que, para el ideólogo capitalista, justifica que así como al trabajo se le otorga un salario, al capitalista le corresponde la "ganancia". Pero en el momento en que, después de varios actos reproductivos –en nuestro ejemplo a los diez meses–, con el conjunto de montos de plusvalía (10 millones por 10) se recupera por completo el capital invertido, deja de haber "sacrificio" y se generan utilidades libres y plenas. La idea de que el ahorro y la inversión "sacrificada" deben ser la base para adueñarse del trabajo impago *ad-eternum*, puede cuestionarse, entre otras razones, si pensamos en la herencia. Un padre capitalista hereda a un hijo una suma determinada de dinero o de bienes de producción –que son trabajo acumulado–: el hijo del capitalista, que ya no necesita ahorrar, siguiendo la fórmula D-MD', la invierte en un negocio, y,

tras de resarcirse de su inversión, empieza a obtener, como se dice vulgarmente, una ganancia libre de polvo y paja. Por su parte, el llamado "sacrificio" no es sino la condición material indispensable para que funcione normalmente la reproducción ampliada del capital y, con ella, el atraco de la plusvalía. Puede ser una etapa difícil, sacrificada y riesgosa, como también lo es para una banda de ladrones el hecho de que antes de dedicarse al robo a mano armada tenga que "trabajar", hacer dinero y ahorrar para hacerse de las armas con que va a realizar sus labores delincuenciales. Lo mismo ocurrirá con el capitalista: tal vez le cueste trabajo y sacrificios formar un capital no endeudado: pero una vez que logra crear éste, ya puede dedicarse al cotidiano despojo del trabajo ajeno, sin entrar en contradicciones con la ley...

6. Las anteriores argumentaciones justificatorias son operaciones de encubrimiento. Los truhanes del dinero no gustan de aparecer "a campo abierto y a cielo claro", como decía Cervantes. Los capitalistas no cesan de combatir la idea, a la que califican de falsa impresión o de perversa maquinación ideológica, de que ellos obtengan sus utilidades de manera arbitraria e injusta. La burguesía ha logrado en todas partes que la normatividad jurídica reconozca la propiedad privada sobre los medios de producción como un "derecho humano" y, tras de lograr tal cosa, trata de justificar su acción depredadora con el hecho irrefragable de su legalidad. Pero el robo está ahí, por más que se le niegue, se le oculte, se le maquille o se le transforme en su contrario mediante un hábil o torpe acto de prestidigitación.

El capitalismo, desde fines del pasado siglo, ha presentado

dos movimientos simultáneos y contradictorios: por un lado se expande (hacia afuera) y por otro se diversifica (hacia adentro). El primer movimiento, centrífugo, ha llevado a la globalización (y a la mundialización); el segundo, centrípeto, ha conducido al hecho de que todas las ramas de una economía nacional caigan bajo el dominio del capitalismo. Si todos y cada uno de los burgueses, en mayor o menor medida, son delincuentes de hecho —aunque no *de jure*— y la burguesía de un país una clase saqueadora de *trabajo impago*, la globalización es la *internacionalización del atraco y la injusticia*.

El capitalismo ha ido de menos a más. Surgido inicialmente en algunas partes de Europa, se expandió al continente europeo y conquistó prácticamente todo el globo terráqueo. En la actualidad se halla mundializado, lo cual quiere decir no sólo que su sistema productivo (y destructivo) se encuentra en todas partes, sino que se extiende como un *régimen de latrocinio universal*. Y aquí reside uno de los propósitos o fines que trae consigo la redacción del texto presente. El capital globalizado ha generado un descontento globalizado. El principio físico de que a toda acción corresponde una reacción, tiende a convertirse en ley ineluctable de la historia no sólo presente sino por venir. El movimiento altermundista —apenas fulgor larvario de lo que habrá de venir y dominar la escena— necesita de innumerables experiencias y prácticas imaginativas, tanto en el sentido empírico- organizativo como teórico. Requiere análisis, programas, nuevas (y viejas) formas de organización, permanente teorización sobre el enemigo y sobre sí mismo, diálogos incesantes, síntesis de prácticas, imaginación vuelta al futuro, etc. En términos generales dicho movimiento tiene presente o atisba lo que es la plusvalía y cómo se engendra. No es un secreto para muchos

de dónde surge el plusvalor, qué es la cuota de plusvalía, qué diferencias hay entre plusvalía y ganancia, qué es, en qué consiste y cómo opera la cuota decreciente de la tasa de ganancia, etc. Claro que hay necesidad –además de hablar de ello y difundirlo– de actualizar algunos conceptos, adoptar otros, salir a la búsqueda de algunos más. En una palabra: se requiere enriquecer la teoría, como se exige afinar la práctica. Pero la esencia del capitalismo, como un sistema de dinero progresivo y de trabajo impago, está presente en el descontento globalizado del movimiento altermundista. También lo está, desde luego, la moral revolucionaria, la estimativa, la axiología del cambio. Pero hace falta, me parece, poner en armonía esta moral con los principios más avanzados de la economía marxista y el materialismo histórico y también con otros discursos, como el psicoanálisis, la lingüística, etc, que son insoslayables en los días que corren. Poner en armonía una cosa con otra significa que las normas, imperativos, exigencias morales surjan no de meras impresiones, deseos o arrebatos, no de una reedición de la moral judeo-cristiana tradicional, sino del develamiento científico de cómo, cuándo y por qué se lleva a cabo el pillaje del *trabajo impago*. El fundamento de la moral revolucionaria no es, me parece, religioso o metafísico. Tan no lo es, que la moral –siempre histórica– se muta sin cesar y los conceptos de bueno y de malo son siempre producto de diversos enfoques perspectivistas. En contraposición a los planteamientos de la clase trabajadora, los capitalistas tienen asimismo su moral, su moral conservadora y reaccionaria y toda idea, opinión o conducta que atente contra sus intereses, es vista por ellos como moralmente peligrosa y amenazante. No me cabe la menor duda, en cambio, de que el fundamento de la moral revolucionaria es el hombre. Pero ¿a qué hombre me re-

fiero? No aludo a la tesis —en realidad religiosa— del *jus-naturalismo*. No me refiero tampoco a la especie humana en su conjunto o al concepto general de hombre en que todos los individuos nos hallamos indiferenciadamente subsumidos, ni mucho menos a la idea de que existe una esencia humana que, pese a nuestras diferencias, nos penetra y define. No. Hago referencia al proyecto de emancipación del hombre: al hombre desenajenado. Hablo de una moral fundada en un *humanismo proyectivo*, en el ideal del hombre *liberado* para desarrollar a plenitud sus potencialidades al emanciparse de las esclavitudes que lo deforman en la actualidad. Pero dejo aquí este punto, a reserva de volver a él más adelante.

7. El capitalismo se extiende o expande: pero también se concentra y diversifica. En otro escrito^[6] sustenté la tesis —a contrapelo de los economistas burgueses y no sólo burgueses— de que la plusvalía^[7] se ha universalizado, y que lo ha hecho no únicamente en el sentido de la globalización, sino en el sentido de su *potenciación diversificada*. Ahí sostengo, en resumen, que no sólo hay *mercancías-producto* (producidas en la esfera de la producción agropecuaria), sino *mercancías-circulación* (generadas en el comercio) y *mercancías-servicio* (gestadas en la esfera de los servicios). El capitalismo ha ido pasando, prácticamente en todo el mundo, de una economía *fabril* a una economía *empresarial*. La economía fabril se basaba en la vieja usina, la industria, la fábrica (taller mecanizado);

⁶ *La actualidad de Marx en el siglo XXI*

⁷ que para muchos nunca ha existido o que era un "fenómeno" del pretérito.

comprendía —para seguir la clasificación de Allen B. Fisher— el *sector primario* (agricultura, ganadería, bosques, pesca y caza) y el *sector secundario* (minería, construcción, industria y producción eléctrica). La economía empresarial abarca, además de los dos sectores mencionados, el *sector terciario* (comercio, transportes y servicios). En la economía fabril, los terciarios tenían, relativamente hablando, poca importancia y no pocas veces eran ejercidos por las profesiones liberales (médicos, abogados, etc.). En la economía empresarial el capital se invierte *en todas las ramas de la economía*. Al aplicarse a los diversos rubros del sector terciario convierte el producto que resulta de esa aplicación en un nuevo tipo de mercancía. Dos ejemplos: la mercancía producida por los transportes es el *traslado* (de personas o mercaderías); la mercancía producida por los hospitales es la *lucha contra la enfermedad*. El carácter de mercancía no lo ofrece un aspecto cosístico determinado o tridimensional, sino un encuadramiento estructural que la hace poseer tres aspectos fundamentales: valor de uso, valor de cambio y valor (trabajo socialmente necesario). Así como un par de zapatos tiene una utilidad, un precio y un valor (como sustancia), el *traslado* y la *lucha contra la enfermedad* tienen un *valor de uso* (el viaje o la salud), un *valor de cambio* (el costo del traslado, el precio de la hospitalización) y un *valor* (el trabajo socialmente requerido para que tenga lugar el transporte o para que el enfermo sea debidamente atendido). El capitalista-empresario es dueño de los *medios de producción* (si se trata de una fábrica): pero también es dueño de los *medios de circulación* (si se trata de un transporte) y de los *medios necesarios para rendir un servicio* (si se trata de un hospital privado). Dueño, entonces, de las condiciones materiales necesarias para que se realicen actividades económicas tan

heterogéneas, al contratar mano de obra, su capital se desdobra en capital *constante* (c) y capital variable (v). Toda la infraestructura material del negocio de transportes o de hospitales pertenece al capital constante: de ella no va a surgir ni un ápice de nuevo valor. Pero de la fuerza de trabajo contratada para realizar el transporte o la hospitalización (o sea del capital variable) va a emerger el *producto de valor* o sea la reproducción del salario y la plusvalía. Hemos llegado, entonces, al punto o a la perspectiva desde el cual podemos advertir que, a más de que el capitalismo trae a sus espaldas, con la globalización, el *saqueo general del trabajo impago*, carga ahora también tal atraco en la diversificación y dominio de los terciarios. No sólo hay plusvalía en las industrias, sino en el comercio, los servicios, los bancos, etc. El latrocinio del *trabajo impago* se ha universalizado hacia fuera y hacia adentro. ¡Prácticamente nadie puede evadir la injusticia que irradia la estructura conformativa del capitalismo mundial!

8. Otra característica del capitalismo es la *corrupción*, la cual se diferencia de la *explotación* en que opera al margen de la ley. La explotación, de la que he venido hablando, existe amparada por las normas jurídicas de la constitución burguesa. El *latrocinio* del trabajo impago es, desde la perspectiva del trabajador, ilegítimo e inmoral; mas, para el derecho y la moral burguesas, es legal, conveniente e imprescindible. La corrupción, que está en todas partes, que es perpetrada en todos los poros de la sociedad, es una infracción de la legalidad. Hay, desde luego, grados de corrupción; pero podrían darse los casos extremos de un explotador "no corrupto" –porque la exacción de trabajo ajeno no viola la ley– y de un explotado corrupto –porque éste aun siendo víctima de la explotación, puede tratar de

obtener dinero o poder de manera ilícita o ilegal. La corrupción tiene lugar en lo económico, social, cultural, etc. Mas hay que preguntarnos: ¿qué es lo que poseen en común estas prácticas, independientemente del sitio en que se realizan y del grado con que operan? Propongo esta respuesta: la *indignidad*. Si la característica definitoria de la explotación capitalista es el *robo*, el carácter fundamental de la corrupción es la *pérdida de la dignidad*. El corrupto es el que acepta venderse (enajenar su dignidad humana) a cambio de recursos económicos o poder. En el corrupto –sometido a la economía de mercado– se da un intercambio de mercancías: se deshace de su dignidad (convertida en mercancía) a cambio de una suma de dinero o un escalamiento de poder. En sus más altos niveles, la corrupción es una de las variantes fundamentales de lo que me gustaría denominar las formas *fast track* de acumulación. En el decurso del modo de producción capitalista, no sólo hay que tener en cuenta su génesis o sea la acumulación originaria, sino las diversas acumulaciones que van teniendo lugar a lo largo de su historia. La manera de formar un capital cuantioso generalmente no es fácil. Exige mucho tiempo, esfuerzos, sacrificios. Ante estas dificultades, aparece la corrupción –y el tráfico de drogas es un ejemplo nítido de ello– como una manera rápida de hacerse de recursos.

Todo acto de corrupción implica un elemento corruptor y otro corruptible –tan despreciable moralmente el uno como el otro. Las formas rápidas de la acumulación capitalista tienen, en la explotación o en el latrocinio del trabajo impago, el gran corruptor invisible. El corrupto vende su dignidad a cambio, por ejemplo, de un monto de capital que le permita perpetrar el robo de trabajo ínsito en la plus-

valía. O lo hace para especular en el área del capital financiero, etc. La corrupción en grande debe su existencia, por ende, al capitalismo. Es una manera de entrar por la puerta principal a este modo de producción. En este caso, entonces, *el corrupto pierde la dignidad para entregarse al pillaje del trabajo impago*. El corruptor visible y concreto es también un corrupto, pero un corrupto seductor o, por así decirlo, un personaje mefistofélico que, a cambio de tales o cuales bienes terrígenos, quiere adueñarse o se adueña del alma de su víctima...

¿Por qué los ideólogos burgueses rechazan la existencia del *latrocinio de la explotación* y hablan, indignados, contra la *corrupción*? La razón de lo primero salta a la vista. El Estado de la burguesía, el empresariado, los ideólogos y toda suerte de justificadores de la formación social capitalista, no pueden declarar, decir, confesar que la esencia de ésta es la explotación o la apropiación cotidiana de trabajo, porque ello crearía conciencia de clase y esclarecimiento en los asalariados de su *posición* en las relaciones productivas. Por eso silencian, ocultan, niegan violentamente su naturaleza explotadora. No ocurre lo mismo con la corrupción. Una vez establecida la exacción del trabajo impago como el meollo del sistema capitalista, el combate contra la corrupción —no pocas veces falaz y demagógico— cumple la doble función de presentar al régimen como defensor de la honradez cívica (o los derechos humanos) y de sacar de la jugada a los posibles nuevos capitalistas que, tras de acumular un monto determinado de capital, vía la corrupción, entran de pronto en la competencia. Teóricamente hablando —aunque esto no suceda en la realidad—, el capitalismo puede existir sin la *corrupción*, aunque no le es dable hacerlo sin la *explotación*. No importa, pues, combatir la corrupción o fingir hacerlo, porque tal prédica

deja intacto el pillaje fundamental del sistema.

9. El principio de que la ideología dominante, en términos generales, es la ideología de la clase dominante, nos explica por qué las clases subalternas no pueden escapar normalmente de la hegemonía ideológica de los poseedores. El dominio del capital y, con él, la primacía del *latrocinio del plusvalor* se basa no sólo en la fuerza, sino, como se ha dicho muchas veces, en el consenso. Hay amplios sectores de la clase obrera que no se saben explotados y trabajan "en armonía" con sus enemigos de clase. Tal vez intuyan la explotación o la sospechen; pero carecen del instrumental teórico para advertir qué papel juegan en el sistema capitalista. Hay otros que tienen los conocimientos suficientes para entender que la fuerza de trabajo, de la que son poseedores, es una mercancía que tiene la cualidad de generar valor y plusvalor. Pero no tienen más remedio que trabajar para el capital. Hay otros más, en fin, que son cómplices de la explotación capitalista a *sabiendas*. Hablaré de algunos de ellos.

El capital no sólo necesita trabajo manual, sino trabajo intelectual técnico y administrativo: es lo que he llamado en otro sitio *la composición técnica del capital variable*. En algunas empresas se necesita mucho trabajo manual y poco trabajo intelectual y en otras al revés. El trabajo intelectual, cuando es complejo o especializado, tiene un mayor valor de cambio que el trabajo manual simple. ¿A qué se debe tal cosa? A que el intelectual ha trabajado su fuerza de trabajo por medio del estudio y/o la experiencia y ha hecho que, por ello, eleve su cotización en el mercado laboral a un grado mayor que el trabajo manual sin especialización. Al intelectual se le pagará V , mientras al manual

se le eroga v. El intelectual asalariado también es víctima de la explotación, del zarpazo del trabajo impago, porque después de reproducir, en el producto, el valor de su fuerza de trabajo compleja, genera plusvalor. Es cierto que sus condiciones de vida y sus ingresos superan con mucho a los trabajadores comunes y corrientes; pero ellos forman parte del *obrero colectivo* que explota el capital.

Ahora bien, la tecnoestructura administrativa de una empresa está formada por trabajadores calificados que, ocasionalmente, pueden recibir no sólo el emolumento salarial que les corresponde, sino compensaciones, ingresos extra o bonos que son sustraídos de la plusvalía, o que son premiados con la adjudicación de un cierto número de acciones que los convierte en socios menores del o los capitalistas dueños de los medios de producción. En estas condiciones, su situación privilegiada en la empresa, se puede convertir en un trampolín para ahorrar recursos y acumular capital. Son individuos, entonces, que están a la espera de independizarse, formar un nuevo negocio o una nueva empresa y dedicarse a la exacción de trabajo no retribuido. Si llevamos a cabo aquí, como lo he venido haciendo, el *develamiento del contenido moral* de las funciones económicas capitalistas, podríamos asentar que estos trabajadores, al defender, justificar y apoyar sin reservas el régimen capitalista, son *cómplices* del latrocinio de la explotación y hasta sueñan en convertirse en explotadores.

La *complicidad* con los depredadores no sólo se evidencia en este tipo de trabajadores de cuello blanco. También hace de las suyas en muchos dirigentes sindicales (o "líderes charros") y en un número nada despreciable de trabajadores que, en lugar de comprender su situación y luchar colectivamente para transformarla, sueñan (más bien delirán) con llegar algún día a ser capitalistas. La sabiduría

popular dice: "tanto peca el que mata la vaca, como el que le agarra la pata". La complicidad de los oprimidos con los opresores es francamente inmoral. La responsabilidad social de la rapiña del trabajo impago no recae sólo en los capitalistas, sino en los trabajadores manuales e intelectuales que operan como sus fautores.

10. Antes de proseguir, quiero salirle al paso a un malentendido que pudiera desprenderse de lo que he apuntado. Cuando hago notar que (tras de develar la esencia en términos morales de la generación de plusvalía) los trabajadores son víctimas de un robo —porque no se les retribuye el *trabajo supletorio* que generan—, no estoy sugiriendo que a tales operarios se les "pague" o retribuya el total de valor que generan (o sea no sólo el capital variable, sino la plusvalía). Eso no sería posible ni justo porque en esa situación no habría un fondo de reserva para ampliar la producción, generar más mercancías y acrecentar el empleo. El problema no reside en la generación de un excedente de valor después de gestar el equivalente (en términos de valor) de un salario, sino en el hecho de *a manos de quién va a parar ese excedente y cómo es manejado*. Si lo monopoliza el dueño de los medios de producción y hace un empleo de él conforme a sus intereses privados, se perpetra el despojo y los trabajadores en funciones son *trabajadores robados*. Si el excedente va a parar a manos de los propios obreros y ellos hacen un uso social de la plusvalía, el robo no existe^[8].

⁸ El término "uso social" no sólo se opone al privilegio particular del o los capitalistas, sino al posible *privilegio grupal* que pudieran gozar ciertos grupos "autogestionarios" o "cooperativos". El tema

11. Los clásicos del marxismo y muchos anarquistas hicieron a un lado la maleza ideológica moralizante de su siglo para descubrir (más allá de las prédicas sentimentales, los buenos deseos cristianos y las ineficaces cantinelas de los filántropos), dos elementos fundamentales: cómo se gestaba la explotación y cuál debía de ser la forma primordial de lucha de los explotados. La respuesta al primer interrogante lo ofreció Marx –si no de manera completa, sí en sus lineamientos principales– a develar cómo se genera la plusvalía. La respuesta al segundo, lo proporciona el mismo Marx –y la Primera Internacional en su conjunto– al afirmar que "la liberación de la clase obrera tiene que ser obra de ella misma" Ya no se confía en la piedad, la lástima, la persuasión, el buen corazón o los sentimientos nobles de los de arriba, sino que se pone el acento en que sólo los de abajo –los proletarios en activo o en reserva– pueden luchar contra el régimen burgués, porque sus intereses históricos –aprehendidos mediante la conciencia de clase– les impelen a ello.

Tal vez Marx y Engels no realizan lo que he llamado el *des-evelamiento del contenido moral de sus análisis económicos*, primero, porque se están deslindando precisamente de la moral predominante, en el proceso de su práctica teórica de análisis económico y, segundo, porque una caracterización moral de los magnates capitalistas y del poder podía dificultar, si no es que impedir, una política de alianzas que por aquel entonces (por ejemplo en Alemania) le era necesaria al proletariado con la burguesía li-

del manejo social del excedente colectivo va más allá de la temática y finalidad de este texto. Hace alusión al modo de funcionar de un régimen socialista autogestionario. Tema importante sin duda, pero que no podemos tratar en este sitio.

beral. Y esto nos lleva al siguiente tema: no todos los capitalistas están colocados al mismo nivel. De la misma manera que no es lo mismo un mero ladronzuelo de pan⁹ —empujado por la necesidad para llevar a cabo su delito— que un grupo organizado de bandoleros en grande, no es igual un pequeño negocio que una empresa de miles de empleados y obreros. Hay que distinguir, por otro lado, la amplitud *cuantitativa* del latrocinio económico, de su carácter *cualitativo*. Un capitalista (o una sociedad de capitalistas) que explota a centenares de obreros y obreras es un *saqueador* en grande; el que extrae plusvalía de sólo un puñado de trabajadores es un *expoliador* de trabajo en pequeño. Pero no sólo hay que tomar en cuenta la explotación sino el grado de explotación. No sólo lo cuantitativo, como decía, sino lo cualitativo. El grado de explotación tiene que ver con la relación proporcional entre la plusvalía y el capital variable. Esta relación, a la que se da el nombre de cuota de plusvalía, es una proporción variable: puede ser, por ejemplo, de 50 $p/50 v$, de 60 $p/40 v$, de 80 $p/20 v$, etc. Entre más crezca el numerador y decrezca el denominador, mayor es el grado de explotación o la cuota de plusvalía. Esta es la razón por la que puede haber *expoliadores de trabajo en pequeño* que exploten a un número reducido de empleados; pero que lo realicen con un grado de explotación mayúsculo, y viceversa: *saqueadores en grande* que exploten a un gran número de trabajadores, pero que lo hagan en menor grado. Frecuentemente lo que logra la gran empresa por medio de la tecnificación, lo consigue la pequeña fábrica mediante la intensificación. Dos son las formas esenciales de llevar a cabo el atraco de la plusvalía: la *absoluta* y la *relativa*. El producto de valor ($v+p$) se desdobra en dos partes: el *trabajo necesario* (para

⁹ Como el Jean Valjean de *Los miserables*.

crear el equivalente de v) y el *trabajo excedente* (el monto de plusvalor producido)[¹⁰]. La plusvalía absoluta consiste simple y llanamente en aumentar el tiempo de la jornada laboral. Si una jornada se eleva de 9 a 10 horas, el trabajo excedente se incrementa en una hora. La plusvalía relativa se realiza cuando, sin aumentar el tiempo de la jornada, al capitalista le es posible, disminuyendo el *tiempo necesario*, incrementar la explotación, porque la plusvalía crece en detrimento del capital variable. Al principio del capitalismo, era muy frecuente que el patrono se diera el lujo de obligar a sus trabajadores a que trabajaran más tiempo que el estipulado inicialmente. Con ello no sólo incrementaban su "ganancia" sino su inmoralidad. Mas la lucha proletaria, con sus huelgas, etc., impidió o dificultó, a partir de cierto momento, que los capitalistas pudieran acrecentar a su antojo la rapacidad del trabajo excedente incrementando las horas de trabajo. Esto los ha llevado a tecnificar, mecanizar y automatizar la producción, con el fordismo, toyotismo, etc., para hacer más productiva la fuerza de trabajo y lograr, con ello, que el *tiempo necesario* se reproduzca lo más pronto posible posibilitando así que se acreciente el *tiempo supletorio* y amplíe, con esta forma de la plusvalía relativa, el grado de explotación. Aumentar el grado de explotación es aumentar el grado de latrocinio, porque la explotación de trabajo ajeno tiene grados y eso hemos de tenerlo en cuenta en la deducción del contenido ético del proceso de producción. La anterior no es la única manera de obtener plusvalía relativa. Si se abaratan las mercaderías que forman parte del valor de la fuerza de trabajo —alimentos, ropa, vivienda, etc.—, ello determinaría que el *trabajo necesario* se pudiera reproducir en menos tiempo

¹⁰ El *valor de la mercancía* es $c+v+p$, abarcando, además del producto de valor, el capital constante.

y, siendo fijo el límite general de la jornada, el grado de explotación aumentaría. No voy a tratar aquí si esto es posible, frecuente o excepcional. Lo importante, sin embargo, es subrayar que en el caso de que ello ocurra, la plusvalía relativa se acrecienta y el grado de latrocinio es mayor. Hay otra forma, en fin, de obtener plusvalía: la *intensificación* del trabajo. En el supuesto de una jornada de límites fijos, la intensificación del trabajo es una forma de obtener plusvalía relativa; pero también, en cierto modo, de conseguir plusvalía absoluta. ¿Cómo es esto? *Plusvalía relativa*, porque, sin aumentar la duración de la jornada, el *trabajo excedente* se acrecienta, con la intensificación, en detrimento del *trabajo necesario* en virtud de que la fuerza de trabajo, potenciada, reproduce más pronto que antes su valor. *Plusvalía absoluta*, porque el trabajador introduce en su jornada mayor cantidad de trabajo —que es la característica de la plusvalía absoluta. No se trata, entonces, aquí, de la forma de plusvalía absoluta que se obtiene extrayendo del trabajador más trabajo al alargar la jornada, sino la que se consigue al intensificar el esfuerzo laboral. Aunque, por varias razones, el gran capital, las transnacionales y multinacionales pueden ser consideradas —dada su fuerza en todos sentidos— como el enemigo principal del trabajador mundial^[11], dicho trabajador no puede dejar de tener presente que todos los capitalistas, grandes o pequeños, nacionalistas o no, son explotadores. La alianza con ellos debe ser a sabiendas de quién es el aliado, cómo actúa, cómo oprime al obrero, cuál es, en fin, la forma en que extrae trabajo impago de su capacidad laboral.

¹¹ y, por ello, éste no sólo debe resistirse a ubicar la pequeña y la mediana industria como parte de ese enemigo, sino propiciar, en ciertas coyunturas, una alianza *crítica* con ellas — o por lo menos su neutralización.

12. Como he dicho con anterioridad, los trabajadores, por sufrir la explotación, intuyen el contenido inmoral de ella. Los capitalistas y sus ideólogos se dan cuenta de eso y tratan de justificarse. Pondré un ejemplo. En octubre de 1972, el embajador norteamericano en México, Roberto H. McBride, señaló que: "Dentro de algunos círculos de hoy en día, las ganancias son consideradas como pecaminosas, pero aun así, yo todavía no conozco a una sola persona, que haga alguna inversión sin pensar que terminará con alguna ganancia neta". Y más adelante: "En el caso de la inversión extranjera, aunque una porción substancial de las ganancias con frecuencia son invertidas de nuevo, eventualmente una parte de estas son remitidas". Finalmente dice: "Un análisis objetivo de las inversiones extranjeras, sin embargo (y bien comprendo que éste puede llegar a ser un tema con implicaciones emocionales) tiene que medir las remesas en términos de lo que la inversión ha contribuido a la economía"[¹²]. Poco hay que decir ante expresiones tan cínicas y descaradas. Haré sólo, sucintamente, tres observaciones:

1) El embajador, al decir que para algunos círculos "las ganancias son consideradas pecaminosas", se da cuenta de que en ciertos medios –probablemente se refiere a círculos obreros o intelectuales– se consideran los beneficios como signos de un régimen productivo *inmoral*, o sea, que toma conciencia de que las críticas al capitalismo no son únicamente económicas, sino morales[¹³].

¹² Palabras del embajador de los Estados Unidos en la reunión anual del Comité de Hombres de Negocios México-Estados Unidos, efectuada en Acapulco el 12 de octubre de 1972.

¹³ Es de advertirse que el embajador norteamericano usa el término

2) Al señalar que no conoce a una sola persona que no piense en términos de inversión-ganancia, nos muestra que, inmerso en la *american-way-of-life*, no concibe otra forma de producción que la capitalista, en que las "ganancias" –y el bandolerismo semioculto que implican– son prácticas cotidianas y "naturales".

3) Hace a continuación una radiografía exacta de las inversiones extranjeras¹⁴. He dicho con antelación, que todo capital, como dinero progresivo que es, tras de obtener un monto de plusvalor determinado se desdobra en dos partes: la *plusvalía capitalizada* (destinada a la reinversión) y la *renta* (o lucro neto) que emplea el capitalista en la adquisición de bienes de consumo de primera necesidad o de lujo y boato, etc. Si se trata de una inversión extranjera directa, como los dueños de los medios de producción no son connacionales, la parte de la plusvalía convertida en renta –la "remesa" dice el embajador– sale fuera del país y se canaliza a la compra de mercancías y servicios en el mercado extranjero. Pese a ello, afirma McBride, "un análisis objetivo de las inversiones extranjeras... tiene que medir las remesas en términos de lo que la inversión ha contribuido a la economía". O sea, que no debe preocupar a nadie que la *plusvalía rentificada* se exporte al país de origen del inversor extranjero porque la *plusvalía capitalizada*, reinvertida para lograr la reproducción ampliada del capital y hacer frente a los requerimientos de la competencia, industrializa al país, crea más fuentes de trabajo y genera más mercancías. Conviene, sin embargo, hacer notar en este punto que la finalidad esencial de la inversión

ganancia, con el que los capitalistas ocultan la existencia del trabajo impago y los grados de la explotación.

¹⁴ Que por aquella etapa estaban semireglamentadas, pues aún no se había implantado la desregularización cabal imperante hoy en día.

capitalista (nacional o extranjera) no es generar plusvalía *para capitalizarla*, sino gestar lucro, es decir, *plusvalía rentificada*. La plusvalía capitalizable es únicamente la *conditio-sine-qua-non* de la plusvalía sustraída del negocio como lucro y operada como renta. Es claro que el capitalismo y la industrialización juegan un rol progresista en un momento histórico determinado, a pesar de las contradicciones que con él se generan y del contenido inmoral que le es inherente. Si no hay empleos, ni mercancías, la implantación de una fábrica que proporciona trabajo y crea productos, resulta un avance. Un avance que va de una situación precapitalista –o propia de un capitalismo muy subdesarrollado– a una economía capitalista. Es un progreso, sí, y un progreso que no puede desdeñarse. Pero es un avance que termina por generar el *sistema del salariado*, es decir, el régimen, hoy universal, de la insolente rapacería del trabajo impago. La inversión extranjera, la exportación de capitales, anuncian la transnacionalización de la economía, primero, y la multinacionalización de ella, después^[15]. En todas las formas del capital –que comprenden la producción nacional, la inversión extranjera (directa o indirecta) la transnacional y la multinacional– en todas ellas, repito, el procedimiento por medio del cual se roba el excedente es el mismo. De allí la actualidad de Marx en el siglo XXI. La diferencia de ellas estriba en quiénes son

¹⁵ Aunque se suele usar como sinónimos los calificativos de *transnacional* y *multinacional* dados a las empresas dominantes en la globalización, hay diferencias entre ambos: las *transnacionales* son empresas que tienen su matriz en un país determinado y sucursales en dos o más naciones. Las *multinacionales* son empresas de capitales internacionales asociados –cuya "oficina central" puede hallarse en un lado, o cambiar a otro, o encontrarse en diversos sitios a la vez– que pueden operar en varios países... Las transnacionales son antecedentes de las multinacionales.

los poseedores y, en relación con ello, a dónde van las remesas. Pero la explotación es la misma en todas partes. Hay distintas formas de hacerlo, cuantitativa y cualitativamente; pero el común denominador de todas es el latrocinio del trabajo ajeno.

13. La publicidad es una de las piezas fundamentales del capitalismo^[16]. Si éste es una economía mercantil, si la mercancía es un producto destinado al cambio, si el intercambio simple de mercancías opera en el sentido de *vender para comprar* y la generación de plusvalor en el de *comprar para vender*, si la libre concurrencia engendra el monopolio y éste se adueña de un espacio (tras de excluir a los demás comerciantes) para realizar sus ofertas, todo ello nos hace evidente que la publicidad es en el modo de producción capitalista rigurosamente imprescindible. La publicidad es el ángel custodio de la mercancía, su portavoz, su propagandista, su merolico. Sin ella la mercancía se almacenaría, no saldría al mundo, no sería absorbida por la circulación. Al principio, publicidad equivalía a información. El comerciante daba a conocer la existencia de

¹⁶ Y también del capitalismo consolidado. Escribe Baran: "Las reducciones de precios que fueron durante muchos años la faz competitiva del capitalismo y mediante las que las firmas individuales buscaban mantener y expandir sus ventas, casi no se toman en cuenta en la actualidad entre las estrategias de la lucha competitiva. Su lugar ha sido ocupado por una organización de ventas que se ha extendido enormemente y a muy alto costo, y que comprende organismos de publicidad, programas de relaciones públicas, programas de venta a crédito, etc.", Paul Baran, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, cuadernos del Pasado y Presente, No. 3, Córdoba, Argentina, 1971, pp. 24-25.

un nuevo producto, sus cualidades y características. Su valor de uso. En esta época, en general el industrial era, al propio tiempo su mercader. No sólo invertía su capital para crear mercancías (D-M), sino se preocupaba por colocarlas en el mercado (M-D'). En el primer proceso actuaba como capitalista (adquiría medios de producción y fuerza de trabajo, y elaboraba mercancías en las que el *producto de valor* era encarnado). En el segundo proceso actuaba *como comerciante* (llevaba su producto al mercado y lo trocaba por una suma de dinero en que reaparecía el valor del producto (c+v+p) [¹⁷]. Si se requerían algunos gastos de publicidad, el industrial los tomaba en general de la parte de la plusvalía destinada a la reinversión o –si vivía la etapa de la austeridad– de su plusvalía rentificada. La competencia capitalista, sin embargo, obliga a la publicidad a dejar de ser un procedimiento puramente informativo, para convertirse en una práctica de *embaucamiento* y *seducción*. El capitalista, entonces, no sólo es un explotador de trabajo impago, no sólo ejerce su rapacidad con el trabajo no remunerado de sus trabajadores, sino que es un defraudador del público demandante. Explota a sus empleados y engaña a sus consumidores. Posteriormente se opera una separación entre el empresario industrial y el empresario comerciante. Un capital se invierte en la industria y otro en el comercio. Ambas inversiones van a la búsqueda de un determinado provecho. La "ganancia comercial" no es ahora –hablo de la nueva economía empresarial– una parte de la plusvalía industrial, sino expresión de

¹⁷ O, más exactamente, reaparecía el costo de producción (c+v) + la ganancia media.

un tipo de plusvalía que se engendra en la esfera de la circulación^[18]. La industria y el comercio tienen idéntica fórmula: D-M-D': gastan un monto de capital determinado en mercancías para recuperar su inversión, pero incrementada. En la industria, la D se invierte en capital constante (o medios de producción) y capital variable^[19] con objeto de elaborar una M que, una vez que se venda o se traduzca en términos monetarios, arrojará una suma de dinero incrementada por la plusvalía (D'). En el comercio desglosado de la industria y convertido en negocio independiente, la D inicial se invierte, asimismo, en capital constante (o *medios de circulación*) y capital variable. Entre los medios de circulación que compra el empresario comerciante se hallan las mercancías elaboradas por tales o cuales empresas agropecuarias –que operan como materia prima de la mutación comercial. La M gestada aquí ya no es entonces el producto elaborado en la esfera de la producción precedente, sino una mercancía-circulación, esto es, la acción de trasladar al consumidor el bien demandado. Las empresas que sirven de intermediarias entre los industriales y el público consumidor incrementan su inversión inicial y la convierten en D' tras de enajenar sus mercancías-circulación. Igual que las empresas industriales, las comerciantes explotan a sus trabajadores. El pillaje del trabajo impago es común a ellas. Si las empresas industriales tienen que echar mano de la publicidad para colocar sus productos en el mercado –individuos o empresas comerciales–, las empresas comerciales tienen también que

¹⁸ Como la que aparece también en los servicios.

¹⁹ O en capital fijo y circulante, como dicen (o decían) los economistas burgueses. Aunque éste no es el tema del presente escrito, aclararé que así como no es lo mismo la ganancia que la plusvalía, no equivale el binomio capital fijo/capital circulante al par capital constante/capital variable.

publicitar las supuestas excelencias de su servicio. Como dije con anterioridad, la publicidad se ejerce en medio de la anarquía de la producción, la libre competencia de firmas, monopolios, transnacionales, etc. Su propósito, en estas condiciones, es atraer, engatusar, dar gato por liebre, crear necesidades ficticias, llegar al consumidor no por el contenido del producto sino por la forma, etc., con el objeto de resarcir el desembolso inicial y enriquecerlo con una "ganancia" surgida quién sabe de dónde. Y digo esto último porque el excedente, aunque en lo fundamental se origina, como se sabe, en el centro de trabajo y se expresa como trabajo no retribuido, en ocasiones se consolida, redondea y vigoriza por medio de verdaderos atracos comerciales al consumidor. Marx pensaba que, en un capitalismo incipiente y concurrencial, los atracos comerciales no podían explicar el surgimiento de la plusvalía porque a la larga (y a veces a la corta) se compensaban: lo que ganaban unos en una transacción comercial favorable, lo perdían otros, etc. Partiendo, entonces, del supuesto de esa compensación^[20], la única explicación que quedaba para entender el beneficio era la existencia del trabajo impago. Como en la actualidad quizás no existe esa compensación (porque no vivimos ni con mucho un régimen de competencia perfecta) el enriquecimiento de ciertos empresarios —sobre todo comerciantes— depende no sólo del trabajo impago sino del atraco comercial. Ciertamente que en ese atraco unos salen ganando y otros perdiendo. Pero, para los que ganan, tal pillería es, sin lugar a dudas, una fuente privilegiada de acumulación. Como dije, estos comerciantes roban, en efecto, a sus empleados y a sus consumidores.

²⁰ y de que, por ende, los precios coincidieran con los valores en un amplio período de tiempo.

Pero vuelvo a la publicidad. Bajo el cobijo de la palabra *libertad* se hallan muchas cosas buenas: la libertad de asociación, de pensamiento, de palabra, de circulación por un país, etc. Pero también aparecen prácticas atentatorias contra los individuos. Un ejemplo nítido de ello –del que no me he cansado de hablar– es la "libertad" para hacerse de los medios adecuados que permitan la explotación del hombre por el hombre. Otro ejemplo es la "libertad" para ejercer la publicidad sin restricciones. La libertad en los terrenos de la publicidad es la libertad de engañar. A veces el engaño es mínimo y relativamente inocuo: por ejemplo, se vende el mismo producto con diferentes nombres y presentaciones o, sin descender el precio de un artículo, se reemplazan en su fabricación, sin decirlo, ingredientes de buena calidad por otros de calidad inferior. Mas a veces la falacia se agudiza y se vuelve peligrosa para la salud – como ocurre con algunos productos farmacéuticos en que no se estipulan con claridad los efectos secundarios que su utilización puede acarrear, etc.

La guerra comercial globalizada, la competencia de los productos, aparece de manera muy visible como una competencia publicitaria. La publicidad de cada producto nos dice: "éste es el bueno, el mejor, el más recomendable". También nos dice (de manera indirecta y hasta subliminal): "aquellos otros no sirven, son malos o dañinos y hay que repudiarlos". La competencia obliga a mentir, exagerar, ocultar.

14. Algunas industrias modernas –así como el Estado– no sólo reinvierten buena parte del plusproducto en la reproducción ampliada de su o sus negocios, sino en la in-

dustria militar moderna, tan refinada como nociva y criminal. En el pasado, las mercancías producidas por las empresas capitalistas se dividían, en lo fundamental, en mercancías-bienes de producción destinadas al consumo productivo (Sector I) y en mercancías-bienes de consumo destinadas al consumo individual (sector II). Los capitalistas que invierten su capital en la producción de *medios destructivos* (o sea en un sector diferente a los mencionados) comparten, con todos los empresarios burgueses, el *latrocinio del trabajo impago* pero además son cómplices de las invasiones y guerras, del terrorismo de Estado y del terrorismo no gubernamental. Salvo los casos en que un productor de armas vende su mercancía a los pueblos que se defienden del imperialismo y/o de la xenofobia, los *mercaderes de la destrucción* no sólo son expoliadores de la fuerza de trabajo, sino uno de los factores principales de la política belicista connatural al sistema capitalista. Son ladrones y asesinos, saqueadores y criminales.

Las guerras, desde el Renacimiento y la modernidad, pueden tener diferentes y múltiples causas: étnicas, geopolíticas, religiosas, etc. que se mezclan complejamente entre sí o con otros factores. Pero la razón fundamental de ellas, sean regionales o mundiales, ha sido el régimen burgués y el expansionismo imperial y económico a él inherente. Este hecho incontrovertible, repetido una y otra vez en la historia del capitalismo —desde sus albores en el norte de Italia hasta la actualidad—, me permite aseverar, en mi afán de extraer el significado moral de este modo de producción, que las guerras modernas de exterminio y avasallaje, el estado permanente de conflagración que, saltando de un lugar al otro, padece sin cesar el globo terráqueo, las hostilidades que, con móviles geopolíticos, estallan habitualmente por doquier, las que se emprenden en búsqueda de

petróleo y otros recursos energéticos, las guerras, en fin, que no dejan nunca de afirmar con estruendo su existencia y que, al parecer, transforman el anhelo kantiano de la paz perpetua en una de las ilusiones más inconsistentes y vaporosas, son un epifenómeno del capitalismo, una criatura malformada de él. En el haber de este sistema no sólo están el atraco, la hipocresía, el cinismo, la corrupción, sino también el asesinato, la guerra y hasta el genocidio.

15. No es una mera frase declarar que el capitalismo es un sistema de mercancías. Primero subrayo lo obvio: es un sistema de mercancías porque en él la mayor parte de los productos están destinados al cambio —ya que la economía autoconsuntiva es cada vez más rara. También es un sistema de mercancías porque la capacidad humana de trabajar —uno de los ingredientes fundamentales de la naturaleza histórica del hombre— ha sido transformada por las condiciones económicas y la normatividad jurídica del capitalismo en la mercancía fuerza de trabajo que se adquiere mediante una inversión que recibe el nombre de *capital variable* porque genera un valor no remunerado. Asimismo, en fin, es un sistema capitalista porque *el dinero también es una mercancía*. Si pasamos del papel moneda al dinero real (monedas de oro, plata, cuproníquel, etc.) advertimos dos cosas: que el primero es un dinero *simbólico* que tiene su respaldo en el segundo. Un papel moneda de 20 pesos equivale a 20 pesos de metal y puede ser canjeado en cualquier momento por su equivalente. Ahora bien, el dinero real, las monedas^[21], constituyen una mercancía. Los metales preciosos, tras de ser arrancados de su

²¹ y en sentido más amplio los respaldos de oro, plata, etc., de los bancos.

veta subterránea, procesados, fundidos, amonedados, etc., contienen, como cualquier mercancía, *valor de uso*, *valor de cambio* y *valor* (en el sentido de *valor-trabajo*). Los empresarios dedicados a la minería hacen que sus empleados produzcan lingotes de oro, plata, cobre, etc., los venden como materia prima a otros capitalistas y éstos los hacen pasar, para su transformación, a las casas de moneda. La casa de moneda opera como una industria de transformación y ofrece al mercado una mercancía *sui generis* (el dólar, el euro, el peso, etc.) que ostenta como *valor de uso* servir de intermediario al cambio de mercancías, que tiene como *valor de cambio* el conjunto de productos a los que, con sus diferentes partes alícuotas, puede tener acceso, y que posee como *valor* el trabajo socialmente necesario requerido para su gestión. Como el negocio de la producción de metales preciosos (y monedas) presupone la existencia de dueños de los medios de producción, que contratan fuerza de trabajo y obtienen de ella el producto de valor (v+p), los empresarios dedicados a la producción de dinero real^[22] gozan también del *trabajo impago* y forman parte del conjunto de atracadores de trabajo humano. *La clase burguesa es una banda dispersa de modernos piratas (que finge no existir), cuatreros, salteadores de caminos que, lejos de hallarse al margen de la ley, presionan, pagan, obligan a que las leyes les sean favorables y la explotación aparezca como cosa natural y, en cierto modo, encomiable y beneficiosa.*

16. Entre las *formas fact track de acumulación capitalista* —además de la corrupción de altos vuelos ya mencionada— están la usura, el interés, la especulación. Aunque

²² o el Estado.

el personaje central de todas estas transacciones es el dinero –y la producción y el trabajo quedan aparentemente en un segundo término– no hay que olvidar que el dinero es trabajo acumulado, y el interés que emana del dinero de préstamo, brota de una suma determinada de trabajo acumulado que se cristaliza en una forma monetaria cualquiera.

La fórmula común de la usura, el interés y la especulación es $D-D'$. Esta fórmula es también de dinero progresivo; pero de dinero que no requiere, para incrementarse, de la intermediación de la M característica de la esfera de la producción o de las M propias de las esferas de la circulación y los servicios. El dinero progresivo puede ser, entonces, *productivo*: se invierte en mercancías (de distinta forma) para venderlas e incrementar la inversión. Pero puede ser *improductivo*: se invierte dinero para obtener más dinero. El incremento generado en el dinero progresivo *productivo* proviene del trabajo que no se remunera. El incremento gestado en el dinero progresivo *improductivo* proviene de un juego de la oferta y la demanda en que la demanda de dinero excede a la oferta (o la oferta desciende sobre la demanda). El *usurero* presta dinero y exige el pago de la misma cantidad más un incremento fuera de lo común. Los usureros –y hay bancos que operan como tales–, actúan *de modo desalmado* porque exigen de sus víctimas lo que no tienen. Son tramposos y desconsiderados. Solucionan el problema actual del necesitado, a sabiendas de que ello significa arruinarlo de por vida o dejarlo en una situación de franca indefensión y miseria. Si en la empresa comercial monopólica el excedente proviene de un *precio de monopolio* en el que se añade al trabajo impago el atraco comercial a los consumidores, en el *interés* –que trae consigo el otorgamiento crediticio– *todo ocurre en*

términos de dinero y oscilaciones que se deben al juego de la oferta y la demanda. Vistas las cosas desde la perspectiva del prestamista, el dinero prestado opera como carnada para obtener más dinero. Si el dinero que se presta es usado por el demandante como *capital*, es decir, si se le somete a la fórmula D-M-D', lo que ha hecho el facilitador de crédito es ayudar a que un nuevo individuo se dedique al *saqueo del trabajo impago*. Si el dinero prestado se usa como pago de una deuda o en la adquisición de bienes de consumo, tal empleo soluciona *momentáneamente* un problema, pero agrava el caso del endeudamiento (porque endeuda más a su beneficiario) y crea un compromiso, generalmente gravoso, en el que una persona, para satisfacer una necesidad, contrae determinada deuda. Y muchos hay que compran el mobiliario de su departamento, el refrigerador, la lavadora, la TV, etc., a plazos y se ve en la necesidad de trabajar de por vida fundamentalmente para pagar el oneroso endeudamiento en que se han encharcado.

El prestamista, de la índole que sea, no lleva a cabo su otorgamiento de recursos económicos desinteresadamente. Lo menos que se puede decir de él es que es *egoísta* y está buscando llevar agua a su molino. Es cierto que presta ayuda. Que es necesario para el funcionamiento del sistema. Pero es una ayuda interesada. Otorgar un préstamo o largar un crédito es la condición indispensable para enriquecerse. Él quiere que se tome en cuenta lo primero (el préstamo y su supuesto o real provecho), pero que no se ponga el acento en el interés que devenga. Le es en general indiferente, además, lo que ocurra con el dinero otorgado. Encarna al egoísta o al individuo egocentrista. La *especulación*, por su parte, busca un rápido enriquecimiento. Su ideal es ascender a las cúspides financieras en un abrir y cerrar de ojos... "La regla de la prudencia es

descartada. Ganancias, equivalentes a años de duro trabajo, se amasan en días o semanas, los sueños de toda una vida son realizados en meses"[²³]. La especulación es una clase de actividad comercial que se aprovecha de las diferencias existentes entre los precios de las mercancías, incluyendo el dinero (y su soporte en los metales preciosos). Aflorando en un principio en múltiples sitios (tabernas, casas de cambio, bazares, etc.) encontró su *espacio de realización* apropiado en las bolsas de valores o mercado organizado de capitales[²⁴]. La historia de la acumulación ha presentado momentos verdaderamente espectaculares –la de los tulipanes en la Holanda del siglo XVII, la de los Mares del Sur en la Gran Bretaña del siglo XVIII, el boom de la tierra en la Florida de 1920, la crisis de 1929 en los EE.UU., etc. El doble proceso del capitalismo actual globalizado –la expansión y la concentración diversificada– va acompañado de un auge inusitado de la especulación. Una parte importante del capital internacional no está destinada a la producción y, por consiguiente, a ampliar el empleo y generar bienes de producción y de consumo, sino a buscar, en las bolsas de valores y otros medios, una ganancia extraordinaria. Claro que quienes persiguen tal fin no siempre lo logran. Hay aquellos que se enriquecen cada vez más, y les resulta extremadamente beneficioso el vuelo de sus "capitales golondrinos"; pero hay otros que, como siempre ocurre en la confrontación especulativa, salen perdiendo y hasta son arrojados al calvario de la ruina.

²³ José A. Pérez Stuart y Fernando Pescador, *La bolsa*, Editorial Diana, México, 1982, p.22.

²⁴ "En Brujas, allá por los comienzos del siglo XVI, los negociantes se reúnen en la casa del ciudadano Van der Bourse... y he aquí el origen del nombre de Bolsa", *Ibíd.*, p.13.

El resultado de este proceso es una cada vez mayor concentración de capital "financiero". Lo que caracteriza a estos capitalistas especuladores es la *rapacidad*. Verdad es que corren cierto riesgo –bastante aminorado por el conocimiento que de la mecánica bursátil tienen sus corredores–, pero tal peligro es el precio que hay que pagar para ejercer su rapiña. Los especuladores ni siquiera invierten en capital constante y capital variable, generando empleos y produciendo mercancías –con el objeto, ya lo sabemos, de obtener "ganancias" y renta–, sino que desligan el capital (que es trabajo acumulado) "del rodeo" de la producción y lo lanzan a la desesperada búsqueda de su acrecentamiento.

17. La llamada *economía informal* no coincide con el ejército industrial de reserva^[25], noción mediante la cual Marx conceptuaba ese producto permanente del capitalismo que son los *desocupados*. Ahora los que carecen de empleo formal no están a la espera –no pueden estarlo– de que los capitalistas les abran las puertas de sus negocios o fábricas –cuando pasan de la fase depresiva del ciclo económico al auge productivo– y vuelvan a formar parte del ejército industrial en activo. Los marginados del régimen oficial ahora se organizan –o alguien los organiza– para sobrevivir en un sistema productivo del que se hallan excluidos. Analizaré esto con mayor profundidad. Podemos comparar la producción fabril con un enorme pulmón mecánico que, para realizar su tarea, necesita respirar. ¿Y qué es lo que respira? Fuerza de trabajo. Y así como el acto de respirar implica dos momentos (la inspiración y la expiración), la empresa capitalista absorbe y expelle fuerza de

²⁵ o de superpoblación relativa.

trabajo. La "inspiración fabril" crea el ejército industrial en activo²⁶] y su "expiración" genera el ejército industrial de reserva. No voy a examinar aquí las causas por las que el ejército industrial –la fuerza económica (actual y potencial) de que dispone un país– se desdobra permanentemente en las categorías de ocupados y desocupados. Sólo diré que en ello tienen que ver, a no dudarlo, la economía de mercado y la libre concurrencia, el ciclo económico y la tecnificación industrial. Tampoco voy a hacer referencia a la proporción cuantitativa en que se divide el ejército industrial en diferentes espacios y tiempos. Quiero sólo anotar el hecho de que entre el ejército de reserva y el ejército en funciones hay un vínculo que –aunque algunos no lo vean– es incuestionable. La producción capitalista necesita no sólo a sus obreros ocupados, sino también a los desocupados. No sólo por la razón evidente de que si se enferman o mueren algunos de sus trabajadores asalariados, el capitalista puede reemplazarlos sin dificultad, sino porque la mera existencia de una fuerza de trabajo necesitada de emplearse repercute, como es bien sabido, en el nivel de los ingresos del ejército de ocupados, y, en fin, porque ante los conflictos obrero-patronales, las huelgas y los despidos, la patronal puede frecuentemente conseguir un determinado número de esquirolas acudiendo a los desocupados.

Incluso el *lumpenproletariado* –el último escalón al que puede descender el proletariado, al decir de Marx– existe como un ingrediente (o un desecho) de la producción capitalista. De ahí que el mismo Marx hablara del "proletariado andrajoso" al referirse a los lumpen, aunque éste, en su inmensa mayoría, ya no aspiraba a obtener un empleo

²⁶ La PEA (población económicamente activa).

y prefería vivir de la mendicidad, el robo, la asistencia pública, etc. El lumpenproletariado instaura, así, una precaria *economía paralela* respecto al proletariado en reserva o activo. Hecho éste que lo lleva a guardar alguna similitud con la economía informal, porque esta última, al no hallarse subsumida a la formal –como el ejército de reserva lo está respecto al capital– posee una relativa independencia que le permite configurarse como una economía paralela, que no deja de ser, desde luego, parte del sistema capitalista. Aunque la economía informal se inicia, en general, con dos características relevantes: predominio de comercios y servicios e implantación de pequeños negocios (puestos, "changarros", pequeña burguesía) ahora conlleva la tendencia a abarcar sectores productivos y comerciales más amplios y a dar cobijo a un importante capitalismo *informal*. Los dos movimientos que explican la dinámica capitalista –la concentración y centralización del capital– reaparecen nítidamente en la economía informal. Así como la industria domiciliaria ha estado, está o puede estar dominada por un capital (o subsumida a él), un número determinado de puestos, negocios, changarros –caracterizados por su dispersión y su aparente individualidad– trabajan frecuentemente para uno o más capitalistas. Esto hace que el latrocinio de trabajo no remunerado exista –en diferentes escalas desde luego– tanto en la economía formal (que paga impuestos al fisco) como en la economía informal que en sus costos de producción se ahorra la onerosa parte impositiva. Los *hampones del trabajo impago* se hallan, pues, en las dos modalidades de economía que existen en la mayor parte de los países que integran el capitalismo globalizado.

18. La globalización implica una economía de mercado que posee el don de ubicuidad. Tres tipos de mercancías se desplazan con más o menos frecuencia, aunque de manera distinta: las mercancías-producto –en el sentido amplio del término–, las mercancías-dinero –o el capital financiero "itinerante"– y la fuerza de trabajo. Como toda mercancía, la fuerza de trabajo se halla sometida al juego de la oferta y la demanda; pero su movilidad –y el carácter de ésta– depende de dos elementos: la asimetría en el desarrollo de los países y los obstáculos ajenos con que tropieza la migración laboral al pasar o intentar hacerlo de un país a otro. No cabe la menor duda que uno de los problemas más dolorosos de la realidad globalizada es la migración. Basta tener en cuenta, a guisa de ejemplo, el *via crucis* que tienen que atravesar los trabajadores que vienen de Sudamérica y América central, salvan la frontera de México con Guatemala e intentan acceder a EE.UU. En ningún país capitalista –y mucho menos en uno subdesarrollado– es posible la "plena ocupación". La argumentación a favor de ésta es una de las piezas más vulgares de la ideología capitalista o una de las ilusiones más pedestres de los defensores "optimistas" del sistema. Independientemente de que la "plena ocupación" sería la "plena explotación", la historia ha demostrado que no es posible realizar tal empeño porque choca con una ley ineluctable del capitalismo: la *anarquía de la producción*. Los desocupados de una nación capitalista se dividen en dos rubros: el *ejército industrial de reserva* y la *economía paralela*^[27]. El primero se halla integrado por una fuerza de trabajo parcialmente desocupada y dependiente de las necesidades de absorción laboral del capital. La segunda está conformada

²⁷ que, como ya vimos, está formada por una sub-economía de "pequeñas empresas" que logran escapar de la carga impositiva.

por desempleados que, marginados por completo de las funciones productivas del capital (o sea de la economía formal), se reorganizan para pervivir. La fuerza de trabajo desempleada tiene dos caminos para la supervivencia: la migración y la economía informal. La migración es un problema típico y cada vez más grave de la globalización. La ONU calcula que en la actualidad 195 millones de personas se ven obligadas a emigrar en busca de mejores condiciones de vida y que México es el mayor expulsor de mano de obra, pues sólo en 2006 salieron del país 2 millones de trabajadores. El capitalismo es una sociedad de consumo. Pero hay dos tipos de consumo: el final, que satisface una necesidad individual o colectiva, y el productivo, cuya adquisición es indispensable para llevar a cabo un proceso de producción. La fuerza de trabajo es la mercancía de consumo productivo por excelencia: este consumo consiste en obtener de ella –vinculando creativamente el *trabajo vivo* al *trabajo muerto* de los medios de producción– una cantidad determinada de plusvalor. En la situación actual del capitalismo mundializado, hay naciones *demandantes* de fuerza de trabajo –porque necesitan adquirir esta última más barata y canalizarla a ciertas ramas de la producción– y hay naciones *oferentes* de fuerza de trabajo –en las que ni su economía formal ni su economía informal pueden absorber una fuerza de trabajo que busca venderse a mejor precio. A pesar de que los migrantes son víctimas del racismo, la discriminación y la xenofobia, a pesar de que sus salarios están generalmente muy por debajo de los salarios de los trabajadores de la nación a la que emigran, a pesar, en fin, de lo que significa el alejamiento de los suyos y de su patria, se ven en la necesidad de emigrar porque, con ello, pueden adquirir cierta solvencia económica y enviar una ayuda a sus familiares. Según la ONU los millones de personas que han emigrado de sus

países, exportaron en el presente año (2006) alrededor de 167 mil millones de dólares en remesas a sus países de origen. Con la adquisición de fuerza de trabajo extranjera —en la medida de que ello les conviene— los países demandantes no sólo cubren sus necesidades productivas —especialmente las de los trabajos riesgosos y pesados— sino que introducen un factor —el minus-salario de los operarios inmigrantes— que condiciona el nivel del salario medio de sus trabajadores nacionales. Los países oferentes, por su lado, con la exportación de su fuerza de trabajo excedente, alivian, en parte, las tensiones sociales que engendra el desempleo y son beneficiadas por las remesas de trabajadores que tienen que dividir su salario en dos partes: el necesario para vivir y el enviado a sus países de origen. La "solución" —si queremos llamarla así— de las contradicciones estructurales entre los países demandantes y los oferentes de fuerza de trabajo, así como la violenta modificación del mapa demográfico mundial, es en extremo irracional y fuente de otras contradicciones más graves. La explotación y el sufrimiento se generalizan. La cosificación —el hecho de ver en los humanos mercancías de importación-exportación o instrumentos de enriquecimiento— se convierte en regla. El sistema no contiene ciertos elementos, aspectos o relaciones alienados, sino todo él, a lo largo y a lo ancho de su realidad mundial, está enajenado. El sistema cosifica, distorsiona, deshumaniza y los capitalistas roban a diestra y siniestra con la impunidad que da la legalización del latrocinio.

19. A diferencia de los regímenes precapitalistas —en general de economías cerradas, autoconsuntivas y de cambios económicos lentos— el modo de producción capita-

lista, revolucionándose a sí mismo constantemente, se manifiesta como el sistema más productivo que registra la historia^[28]. La conjunción del capital y el trabajo, el desarrollo de las fuerzas productivas, la incorporación de la técnica y de la ciencia al proceso productivo, la competencia intercapitalista y el hambre desmedida de beneficios, ha generado un régimen que está creando permanentemente una plétora espectacular de mercancías. Esta producción no va acompañada, sin embargo, de una distribución o un consumo, ya no digamos igualitaria o equitativa, sino ni siquiera sensata y funcional. La contraposición de la producción y el consumo es una contradicción que ha acompañado siempre —y lo seguirá haciendo— a la formación capitalista. No es raro hallar en la historia del capitalismo ejemplos de un exceso de la producción "solucionados" de la manera más inmoral e inhumana concebible: pacas de algodón arrojadas al mar, incendio del trigo, destrucción de frutas, compra de plantas industriales para que no sigan produciendo, etc. Y todo esto cuando hay una enorme necesidad —y hasta una verdadera hambruna— en amplios sectores de la sociedad. Es posible que, en los días que corren, nos hallemos con un capitalismo más "civilizado" que ya no resuelve sus problemas de manera tan claramente delictiva; pero el problema de la superproducción —y su consecuencia permanente: el subconsumo— es un elemento constante del proceso capitalista y de sus ciclos económicos más o menos velados por el sinfín de "políticas anticíclicas" con las que se pretende combatir las depresiones y crisis a las que tiende espontáneamente este régimen de producción. Mas el capitalismo no sólo des-

²⁸ No voy a hablar por ahora de las experiencias "socialistas" o del llamado socialismo real.

truye, limita o adultera lo que produce, en función del carácter o la cuantía potencial de la demanda, sino destruye el medio ambiente. Es un régimen productor/destructor o un sistema en que la destrucción opera en razón directa a su contrario: a mayor producción mayor destrucción. El capitalismo es el sistema depredador por antonomasia. No sólo explota, aplasta, invalida a millones de hombres, sino que destruye sistemáticamente, sin pudor y sentimiento de culpa, el medio natural que les sirve de fundamento y medio de vida. Es un régimen que hace uso de la naturaleza —obteniendo de ella la materia bruta y, tras de una primera modificación, la materia prima— y elabora un producto tras otro y tras otro. Pero al crear contamina, destruye, elimina recursos no renovables. El capitalismo está deteriorando a pasos agigantados la biosfera (o sea la región de la superficie terrestre en que se desarrolla la vida) y que, al agrupar a un gran número de ecosistemas, constituye un gran ecosistema fundamental para la vida del hombre y todos los seres vivos que habitan este ámbito del planeta. Pondré este ejemplo: los restos orgánicos provenientes de las fábricas de alimentos, cocinas, etc., llevan a contaminar el aire (al incinerados), el agua (al arrojarlos en sitios comunicados con mantos acuíferos) y a la proliferación de cucarachas, moscas y ratas.

La contaminación abarca, pues, el aire, el agua y la tierra. Sólo nos falta hacer otro tanto con el sistema solar para evidenciar la presencia de la devastación humana por doquier. Uno de los fenómenos ambientales en que se vive de la manera más severa la contaminación del aire, es, como se sabe, la inversión térmica, es decir, el calentamiento de un estrato superior del aire que, contaminado, obstaculiza o impide su ascenso. El smog, por su lado, no

sólo altera la visibilidad, sino que es una combinación nefasta de elementos patógenos que, además de dañar monumentos, casas, edificios y todo tipo de objetos, produce daños a veces irreparables en los seres vivos. Podría pensarse que la tierra, a diferencia del aire y del agua, no permite la propagación de las sustancias arrojadas a ella, pero hay que tener en cuenta que la lluvia y el viento se encargan de su dispersión, lo cual ocurre con desfoliadores, insecticidas, herbicidas, raticidas, etc. Varios plaguicidas – por ejemplo el DDT– poseen la propiedad de modificar los procesos bioquímicos de la tierra y resultar fatales para los hongos, algas, bacterias, insectos e infinidad de organismo que tienen ahí su *hábitat*. El entierro de los desperdicios nucleares resulta ineficaz, sumamente peligroso y ocasionalmente devastador. La nefasta idea, en fin, de que los mares, los lagos y las lagunas pueden servir de basureros y de que los ríos aparecen como un medio de locomoción rápido y nada costoso para deshacerse de toda clase de basura y residuos industriales, ha generado la contaminación prácticamente mundial de las aguas.

Lo que he subrayado hasta ahora, es sólo un aspecto del ecocidio sistemático que conlleva la formación burguesa. Las cosas, sin embargo, son aún más graves. El calentamiento del planeta (provocado por la emisión de gases industriales), el petróleo arrojado al mar, las alteraciones producidas en la cuenca oceánica (en el plancton, el necton y el bentos) y el desdén y falta de respeto al medio ambiente, nos muestran hasta la evidencia el carácter depredador y suicida del régimen del que hablo^[29].

²⁹ En 2006, como consecuencia del calentamiento global, grandes *ice berg* se desprendieron de las zonas del Ártico y Groenlandia, amenazando el equilibrio ecológico y la navegación en el Atlántico norte.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué hemos arribado a esta situación? La falta de sensibilidad ecológica propia del régimen del salariado se debe, más que nada, a la anarquía de la producción, a la plena irracionalidad del sistema y a que atrás de cada productor individual o colectivo se mueve el ansia de lucro y la ceguera amenazante de un egoísmo sin igual. ¿Qué pensar de quienes, por obtener ganancias y más ganancias, no retroceden frente al envenenamiento del aire, la contaminación de las aguas, la esterilización de la tierra o, dicho de manera más general, la adulteración de la biosfera? Son no sólo responsables (su "descuido" va a perjudicar a sus propios descendientes), sino poseedores de una *irresponsabilidad criminal*. Son enemigos de la especie humana. No sólo son ladrones, embaucadores, mendaces o hipócritas, sino que conforman una minoría de la humanidad que pone en peligro a toda la especie. Generan guerras, contraponen a unos hombres con otros. Pero hacen algo peor: amenazan a la humanidad al globalizar el ecocidio.

SEGUNDA PARTE

Ideología y moral

1. La *ideología* (como *falsa conciencia*) es un tema que no puedo dejar de traer a colación si deseo abordar el examen de la moral revolucionaria en las actuales circunstancias³⁰. El *contenido* de la ideología invariablemente se presenta como *deformante/conformante*. Lo deformante, de carácter epistémico, hace alusión a que la ideología, aunque muestra los hechos, o parte de ellos, lo hace tergiversándolos. El terreno en el que se mueve con más frecuencia es el de las semiverdades, las apariencias, las ilu-

³⁰ Para analizar el modo de funcionar de la ideología conviene partir del concepto de *significación*, como lo plantea Saussure. La *significación* es una idea que abarca tanto el *significante* (la palabra aludiendo) como el *significado* (lo aludido). El *significante* es el conjunto de fonemas y palabras que, para emplear un viejo término de Brentano refuncionalizado por Husserl, acusan una *intencionalidad* o referencia al ser-otro. El *significante* es un sentido y una direccionalidad. Es siempre un desbordarse de sí mismo en la forma de la alusión. El *significado* es el término o la realidad a la que alude el *significante*: es la definición que el diccionario da de una palabra o el sentido habitual que ésta tiene. Si examinarnos una ideología a la luz de la *significación*, advertimos que el *significante* nos lleva a un *significado* que se desdobra en forma y contenido. La forma es el *significado* definitorio: esto es tal cosa. El contenido va más allá de la apariencia.

siones; realiza las más diversas deformaciones de la realidad, presentando, por ejemplo, lo que es valioso para una clase social, un grupo o una elite como valioso para la sociedad en su conjunto, o igualando lo desigual cuando dicha igualación sirve a los intereses de una de las partes. La ideología burguesa hace un panegírico del trabajo, de la producción, de la riqueza. Y una de sus piezas doctrinarias fundamentales es el *humanismo*. En el primer caso, presenta el empleo y la creación de riqueza como valores universales, cuando no son otra cosa, en la realidad económica, que los medios indispensables para obtener el beneficio que busca a toda costa. En el segundo, trata de diluir la frontera que existe entre los poseedores y desposeídos, gobernantes y gobernados, hombres y mujeres, etc. porque esa pretendida armonización de intereses conviene a los "elementos fuertes" de las antinomias. ¿Cuál es el motivo por el cual toda ideología presenta este carácter *deformante*? La respuesta a esta pregunta se halla en el segundo aspecto del contenido de la ideología: su carácter *conformante*. Si lo deformante tiene que ver con la epistemología, lo *conformante* se relaciona con la sociología. La razón por la cual se deforma la realidad, se la modifica, se la manosea, reside en el deseo y la necesidad de *conformar* (o "armonizar") la sociedad de acuerdo con ciertos intereses. La ideología dice (y en el decir deforma la realidad) y simultáneamente calla (oculta las razones de la deformación). El silencio inherente a la ideología esconde el propósito de cohesionar a la colectividad a partir de los deseos de grupo o de clase que se expresan en la deformación epistémica de la práctica ideológica. La ideología es una *falacia pública*. En general los constructores de ideologías mienten a sabiendas. Construyen el mecanismo de aludir/eludir, decir/callar, tergiversar/cohesionar, para que la sociedad, o una parte de ella, acepte sin dificultades como

algo natural, conveniente e ineluctable el predominio de los intereses de la clase a la que representan. Por su lado, los receptores de la ideología son víctimas de una manipulación, de un engaño calculado y habitual. Como la mayor parte de ellos carece del instrumental teórico que les permita realizar una crítica que desmantele y denuncie el mecanismo embaucador de lo que le dan como verdad indiscutible, son presas inconscientes en su pensar y su actuar del mensaje tendencioso de la ideología. El régimen capitalista –como otras formaciones sociales– no podría existir sin ideologizar y sin tener, por eso, el consenso necesario para su gestión histórica y de todos los días. El capitalismo no puede autodefinirse como, por ejemplo, un régimen social en que unos hombres explotan a otros. O como un sistema productivo que destruye sistemáticamente el entorno ambiental. O, en fin, como un modo de producción que no puede existir sin guerras, etc. Todas estas afirmaciones son indudables, dramáticamente verdaderas. Pero los ideólogos de la formación capitalista no podrían afirmar o propagar esas verdades, y otras muchas, porque crearían conciencia en los ciudadanos del carácter inhumano, nefasto e irracional que es el régimen en que viven.

2. A la economía mercantil del capitalismo no le basta la publicidad, la hipnosis de la propaganda y el estruendo del anuncio, sino que necesita una ideología específica que induzca o empuje a la compra y, con ella, a la realización del valor del producto. Esta ideología no es otra que el *consumismo*. Respondiendo a cierto afán de posesividad con el que nacemos, y del cual voy a hablar posteriormente, esta ideología pone por arriba del valor *ser* el valor *tener*. Más aún. El ser, para ella, se basa en el tener. El que nada tiene... simplemente no es. Para significar algo, para

que nos tengan en cuenta, para que se nos escuche, para que podamos llevar a cabo tal o cual propósito, es indispensable poseer una cuenta en el banco, una casa, un automóvil, algo, en fin, que nos rescate del *no ser* en que se debate la pobreza. Mis cualidades no residen en mis virtudes, sino en mis pertenencias. En estas circunstancias, ¿cómo ser alguien, cómo crecer, cómo significar? La respuesta es sencilla: comprando. No hay que dejar de consumir. El consumo debe ser tan natural como respirar. ¿Tienes necesidades reales?, compra. ¿Las tienes ficticias?, compra. ¿Te sientes aburrido?, compra. ¿Estás deprimido?, compra. Para combatir una neurosis, más que ir con el psicoanalista o el psiquiatra hay que ir de compras... Para que la fórmula M-D' se realice sin contratiempos ni interrupciones debe hallarse precedida por el deseo, el hambre, la convicción de que hay que consumir. El capitalista —que busca a como dé lugar generar plusvalía— además de elaborar mercancías, lucha por producir, con la ideología del consumo ininterrumpido, el *consumidor permanente*, la demanda sin fin. El carácter *deformante* de la ideología consumista parte de la verdad elemental de que la necesidad debe ser satisfecha: si tengo hambre o sed debo poseer los alimentos o la bebida indispensables para calmar tales requerimientos, etc. Mas la *deformación* se inicia cuando se exagera esta búsqueda de satisfactores al grado de que lo más importante del "ir de compras" es el *consumo por el consumo*. Cuando se pasa del consumo como satisfacción de necesidades al consumo por el consumo, nos hallamos con el *consumismo ideológico*. Ahora no sólo se adquieren satisfactores indispensables para la existencia, sino una serie de bienes superfluos que responden a necesidades ficticias creadas por una publicidad imbricada en la ideología del consumo. ¿Por qué se ha realizado esta deformación de la verdad elemental de que la

necesidad ha de ser satisfecha? Porque el capitalista industrial desea conformar un público demandante. Y quiere hacerlo así porque ella es la condición indispensable para vender sus mercancías y enriquecerse.

3. Otro caso. La economía de mercado, a más de ser el régimen de donde surge o que propicia la ideología consumista, es el lugar de donde brota la ideología *de la competencia*. En una fase importante de la formación capitalista, los productores llevaban libremente sus productos al mercado –como en el clásico ejemplo del librecambismo manchesteriano del siglo XIX– y entraban en competencia entre sí. La "libertad" de esta competencia era obstaculizada por dos elementos: uno externo (el Estado) y otro interno (el monopolio). Por eso el viejo liberalismo económico estaba a favor del *dejar hacer* y de las leyes antimonopólicas. Mas, con independencia del carácter del Estado capitalista y del grado de concentración y centralización del capital, es un hecho necesario y permanente de la economía mercantil que las empresas de todo tipo tienen que competir. En la actualidad, como en el pasado, si una empresa carece de competitividad –porque le falta capital suficiente, mano de obra barata, materias primas y auxiliares accesibles, etc.– está perdida y tiende a su desaparición. La norma fundamental para el buen éxito de la industria, la banca, los servicios, etc. es el acopio de recursos para entrar en buenas condiciones a una competencia insoslayable... Para la ideología burguesa no sólo las empresas tienen que competir –y la competencia es "buena" porque es el secreto del progreso– sino también han de hacerlo las personas. El individuo es visto como un *ser-en-competencia* con los otros. Como un luchador. Como un atleta que se debate permanentemente en las feroces olimpiadas de

la vida cotidiana. El fin de la vida es el triunfo: hacerse de más dinero, poder, prestigio que los otros. Si uno no logra esto –porque es negligente, poco agresivo, falta de audacia– es entonces un perdedor, un *loser*. La construcción ideológica parte de un principio aceptable y provechoso: cada quien debe tratar de superarse, calificar su trabajo, distinguirse en servir a los demás. Pero de pronto tergiversa y metamorfosea este afán de desarrollo personal y lo convierte en la consigna de que "hay que llegar a la cumbre" *a como dé lugar*. En esta pugna se vale todo: el fin justifica los medios. Los escrúpulos son un estorbo. Los titubeos un prejuicio. Los celos una ingenuidad. Como el valor supremo es el éxito, no importa los atropellos que se cometan con tal de alcanzarlo.

A los demás hay que considerarlos como medios para lograr tal o cual cosa y no como fines. En esta ideología nuestros semejantes no son vistos como personas, como sujetos autónomos y libres, sino como instrumentos para obtener algo o peldaños para escalar hacia cualquier soberbia. La ideología *de la competencia* –tanto si se trata de la contienda económica de las empresas como de la conflagración de los individuos– es un eco del darwinismo social: la lucha por la vida conduce necesariamente a la supervivencia del más apto. ¿Por qué la ideología de la competencia tergiversa el precepto de la superación personal, en el que se exige el progreso de cada quien comparándose consigo mismo y no con los demás o en el que dicho progreso se mide por el servicio social rendido y no por el triunfo logrado mediante el sometimiento y la cosificación de los demás? Ya conocemos la razón: se hace tal cosa para cohesionar a la sociedad en y por un modo de pensar y actuar en consonancia con los intereses de la clase burguesa.

4. Por lo menos en la escala media –ni astronómica ni microscópica– las leyes naturales se caracterizan por su regularidad. Por eso nos es dable hablar de leyes físicas, químicas, biológicas, etc. Podemos asimismo referirnos a una ciencia de la historia desde el momento en que los investigadores advierten y registran que, en medio del tráfago irrepitable de sucesos, hay algunos fenómenos invariantes debidos a la conformación estructural de las formaciones sociales Aunque difieren de las leyes naturales –y más que hablar en la historia de leyes a secas habría que hacerlo de *leyes de tendencia*–, la legalidad histórica es un hecho indubitable. Si nos preguntamos por el origen de algo, nos estamos preguntando por las condiciones y causas que dialécticamente le dieron lugar. Y si tenemos una percepción justa, la anulación de esos fundamentos acarrearía su necesaria desaparición. El origen de la desigualdad económica se funda, según Rousseau y, desde luego los socialistas, en la propiedad privada. La dicotomía de poseedores y desposeídos no es el resultado de la mala suerte o del designio de la divinidad, sino producto de la posesión o del derecho social a la propiedad. Si esto es así –y no me cabe la menor duda de que así lo es– la desaparición de la propiedad privada traería como consecuencia (en un aspecto esencial, pero sólo un aspecto), la sustitución de la desigualdad por la igualdad.

La causa de la anarquía de la producción se localiza en la falta de un plan económico. La idea de que el mercado –mediante una mano invisible– o el Estado –con alguna suerte de intervencionismo– corrigen o pueden corregir los desequilibrios de la economía concurrencial!, es más que una fantasía, otro engaño de los ideólogos del capitalismo: mientras existan los fenómenos de la concentración

y centralización de los capitales, mientras haya la contradicción entre la producción y el consumo, etc., la anarquía de la producción "normará" el desenvolvimiento de la economía capitalista. En el supuesto de que esta apreciación sea correcta, puedo concluir que si se planificara *adecuadamente* la vida económica de un país, en *virtud de una lógica implacable*, desaparecería la anarquía de la producción y sus múltiples y nefastas consecuencias.

5. En el capitalismo existen muchas ideologías: pero resulta indudable que la ideología predominante –salvo en etapas de crisis– es la de la clase dominante. Causa de ello: ese modo de pensar y actuar se introyecta o publicita de mil maneras en los individuos. Instituciones como la familia, la escuela, la iglesia, conjuntamente con los medios masivos de comunicación (TV, radio, prensa), se hallan puestos al servicio, en general, del discurso burgués –en nuestros días preferentemente neoliberal– y en tales condiciones la mayor parte de la sociedad actúa como una turba ciega, conformista y enajenada. La persistente propaganda ideológica cumple su cometido: cohesiona a los integrantes del cuerpo social no de cualquier modo sino en función de los intereses de los propietarios y poderosos. En esta situación, la única manera de escapar al sojuzgamiento ideológico es adquirir conciencia de clase, la cual no puede emerger sin un permanente espíritu crítico que cuestione la validez de la educación y la propaganda dominantes y ponga al descubierto los mecanismos operativos de la *falsa conciencia*. La lógica de la dominación doctrinaria es visible. Pero también lo es, aunque no de manera inmediata, la lógica de la emancipación científica como premisa sustancial del cambio. *Todo se presenta en términos racionales*, todo puede ser visto a través de ese

conocimiento de la *necesidad* –leyes, acción recíproca, determinación en última instancia– que nos permite devenir o ir deviniendo *libres* para insertar adecuadamente nuestra acción en el cambio de las cosas. Echando mano de la crítica y auxiliados por la ciencia, se podrían combatir las ideologías del *consumo por el consumo* y de la *competitividad*, así como, pertrechados teóricamente de la necesidad de una planificación democrática (autogestionaria) y de una ciencia histórica, se podría denunciar el sentido irracional de la anarquía de la producción y el predominio y existencia misma de la ideología burguesa.

Es evidente que el capitalismo tiene su racionalidad y su lógica; pero es una racionalidad secuestrada, constreñida a los intereses del capital globalizado y de las manifestaciones multifacéticas del poder. Si a la razón se le extrae de su confinamiento ideológico, si se la libera y se la pone en movimiento, *la racionalidad es, para el sistema imperante, el mayor de los peligros*. De aquí es de donde surge y en donde tiene su sustento nutricional la *ideología del irracionalismo*, característica del sistema capitalista mundializado pero decadente. Si el capitalismo pujante y en ascenso se valió de la diosa Razón para conmovier con su crítica el poderoso edificio del medioevo, ahora, tras el *asalto a la razón*, documentado por Lukács, se apoya cada vez más en una *ideología del irracionalismo* que se presenta en un vertiginoso número de modalidades.

¿Qué es lo que fomenta esta ideología? ¿En qué sentido y por qué pretende cohesionar a la sociedad? Hay una palabra clave para responder a estos interrogantes: la palabra *metafísica*. La ideología del irracionalismo pretende introducir en los individuos, bombardeándolos sistemáticamente con mensajes orientados en esa dirección, una fuerte desconfianza en las leyes naturales e históricas para

evitar que los trabajadores y el pueblo en general, de llegar al convencimiento de que cada vez es más imperioso cambiar tajantemente el modo de producción capitalista, visualice lo que hay que hacer y, sepa en qué sentido realizarlo. La ciencia y la interpretación materialista de la historia son la mejor guía para una acción transformadora, para que los explotados y todas las víctimas del capitalismo tomen en sus manos su futuro y devengan libres, lo cual sólo es posible si adquieren conciencia de la necesidad —las leyes de tendencia, los obstáculos, las circunstancias y coyunturas, etc.— y hagan que su acción, por adaptarse a ese conocimiento, devenga exitosa. La metafísica, y su permanente afán de desbordar los límites de la ciencia y las coordenadas del materialismo, se convierten en la espada de fuego del irracionalismo para combatir la *razón transformadora*. La religión, el idealismo filosófico, la superstición y la concepción mágica del universo son algunas de las manifestaciones de esta metafísica, en veces sumamente pedestre, que actúa como la diosa inspiradora de la ideología del irracionalismo. Pensemos en el número, cada vez más grande de películas, programas de TV y radio, artículos periodísticos, ensayos académicos y libros de gran extensión en los que la magia, la parapsicología, el fraude ideológico, los milagros, las historias de fantasmas, la secularización de lo sobrenatural, etc., aparecen como un *leit-motiv* obsesivo. Esto se debe no sólo a que los comunicadores, publicistas, hombres de letras están contaminados por la *polución irracional* que emana de la teoría y la práctica del capitalismo, sino a la necesidad impostergable que tiene este sistema de producción de impedir que las personas adquieran un espíritu crítico o de desarmarlas de una concepción científica —basada en la razón transformadora— que ayuda a saber de dónde emergen las esclavitudes del hombre y qué es lo que se debe hacer para

llevar a cabo la práctica anticapitalista que la subversión del sistema predominante pide a gritos.

La ideología del irracionalismo parte de un hecho incuestionable: la ciencia no puede proporcionarnos todos los conocimientos que desearíamos poseer. Los conocimientos de la ciencia son limitados, y no dejarán nunca; de serlo. ¿Por qué? Porque ella tiene ante sí una tarea infinita, tan infinita como lo es el universo que nos rodea y al cual pretende ir robando sus secretos. El proceso de ideologización parte de esta premisa. Más a continuación tergiversa la verdad en ella incluida y saca conclusiones que al mismo tiempo de fomentar una falsa conciencia en los receptores, trata de unificar el cuerpo social alrededor de los intereses del sistema. El análisis de la ideología del racionalismo nos muestra que esta modalidad de la práctica teórica no sólo es una *falacia pública*, como ya dije, sino un veneno que perturba la reflexión, achica la inteligencia, ensoberbece el sentimiento y ata de manos la voluntad de cambio. Los ideólogos de la burguesía no son únicamente mendaces, también son envenenadores, verdaderos elementos patógenos de la colectividad. El capitalismo quiere, en verdad, un pueblo enfermo del ánimo y discapacitado de la voluntad.

6. Para hacer un análisis y una descripción de la sociedad capitalista, y deducir de ello el carácter moral —más bien inmoral— de sus instituciones y su funcionamiento, tenemos que examinar la realidad de la democracia —en general, el régimen político de sus preferencias— y las justificaciones, pronunciamientos a favor o francas apologías que sobre ella se hacen.

En lo que sigue voy a poner el acento en la *ideología de la*

democracia –que ve a este sistema de convivencia humana como la mejor organización social imaginable, pues aunque tiene defectos, siempre es perfectible... Al referirme a la ideología de la democracia hablaré, como es lógico, de su referente: la forma empírica en que ésta normalmente se desenvuelve.

La ideología fundamental del capitalismo es, en efecto, la de la democracia. Desnudarla críticamente equivale a mostrar la esencia de este régimen. Como se sabe, el significado etimológico del término es el de gobierno del pueblo. En la Grecia de Pericles, la institución fundamental del régimen era la Asamblea Popular ateniense, formada por los adultos libres y atenienses ciudad-estado sea por el *demos*, que resolvía sus asuntos, tras de un intercambio de ideas por mayoría de votos. En realidad estaban excluidos de la Asamblea los esclavos, las mujeres, los jóvenes y los extranjeros. El termino *demos* abarcaba sólo al pueblo libre, especialmente a los esclavistas, ya sea aristócratas o comerciantes.

Desde una perspectiva moderna, el concepto de democracia, originado en Grecia, y la definición nominal que supone, conlleva una contradicción entre lo que se postula o lo ideal –gobierno del pueblo en general– y lo real –gobierno de una parte del "pueblo" sobre otra. Aún más, dice ser una cosa y es otra o, lo que tanto vale, parece aludir a un gobierno de todos –cuando sólo se refiere al que ejercen algunos– *para* poder fácilmente o con menores dificultades ejercer su poder *de clase* sobre los dominados. Esta contradicción no es un simple error, sino que es una *ideología*.

Los dos términos de la definición etimológica –el *demos*

(pueblo) y el *cratos* (gobierno)— se presentan como un enlace armonioso, natural, deseable; pero son, cada uno, ambiguos e históricos, esto es, no son ni pueden ser lo que dicen ser, ni tienen el mismo significado ni el mismo contenido en diferentes lugares y en distintos tiempos. En vísperas de la Revolución Francesa, el concepto *pueblo*, por ejemplo, se opone, sí, a sus enemigos (terratenientes y eclesiásticos, etc.) pero oculta las clases a él inherentes; y aunque las silencie o las haga pasar a un segundo plano frente al enemigo común —siendo contradicciones internas al Tercer Estado en su lucha contra la aristocracia absolutista de Francia— no deja de ser un *complejo de clases sociales* con un antagonismo que pronto se develará. La noción de *cratos* o de gobierno, por su parte, divide a las personas en gobernantes y gobernados^[31]. Y la representación "más fiel" es un deslinde entre el que gobierna y el gobernado, lo cual, aunque momentáneamente puede ir unido a una cierta armonía entre las partes, sienta las bases no sólo para un posible desacuerdo sino para una tajante contraposición.

La historia determina el carácter de ambas nociones, del *cratos* y del *demos*. Habría que hacer una reseña histórica —cosa que me es imposible llevar a cabo en este sitio— de qué era el pueblo, quién lo constituía y cómo participaba

³¹ El verdadero contenido del concepto gobierno-del-pueblo, adelantaré, sería el autogobierno porque en él ya no se daría la diferencia, de carácter antagónico entre quienes ejercen el poder y quienes lo padecen. Pero la idea de autogobierno disuelve la oposición de gobernados y gobernantes —que quiérase o no impera en toda democracia— y termina por negar a esta última mostrando el hecho de que donde se ejerce la autogestión —que es el más profundo sentido que puede recibir el término de democracia— se liquida el concepto habitual de ésta y su dicotomización en gobernantes y gobernados.

en las decisiones civiles a lo largo de las diferentes formaciones sociales que registra el devenir histórico, y también cómo, en diferentes circunstancias, concebía su acceso al poder y, en el caso de ver realizados sus propósitos, cuál era la esencia de su modo de ejercerlo.

La democracia –en contra de su aparente sentido etimológico– se manifiesta inalterablemente como heterogestión, verticalismo, gobierno de una elite, un grupo, una clase, una plutocracia. En ocasiones se hace esto de manera tan burda que sólo se permite votar a los propietarios, a los varones, a los blancos, etc. Pero aunque no sea así –y poco a poco la democracia se ha ido "civilizando"– este régimen funciona siempre como *el dominio de los pocos sobre los muchos en nombre de los muchos*. El dispositivo ideológico de la burguesía, en lo que se refiere al punto que trato, está diseñado para crear una *falacia pública permanente*. A cualquiera que ponga en entredicho el contenido de los gobiernos democráticos, se le replica afirmando que se trata de un gobierno "representativo", hecho por el pueblo y para el pueblo, de un gobierno que, vía las elecciones, recoge los anhelos de la gente^[32].

Toda organización, para no ser víctima de la tiranía y la arbitrariedad, tiene que ceñirse a determinadas disposiciones o reglas (votaciones, sujeción de la minoría a los acuerdos mayoritarios, libertad de palabra, etc.). Esto da lugar a lo que puede llamarse *democracia de funcionamiento*: en el régimen capitalista (y en su forma neoliberal) ésta impera no sólo en los poderes legislativo y judicial sino en agrupaciones partidarias, sindicales, agrarias.

³² Como a los neoliberales les produce un cierto escozor la palabra *pueblo* prefieren hablar de *gente*. Los capitalistas se trasmutan en *empleadores* y los proletarios en *empleados*...

ONG's, clubes y en los más variados tipos de asociación humana, también en federaciones y confederaciones de capitalistas industriales, bancarios, comerciantes —como el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN) y el Comité Coordinador Empresarial (CCE), etc. que operan en nuestro país con el objeto de asegurar y ampliar su obtención de lucro y que se basan, por ende, en la explotación de los trabajadores.

La *democracia de funcionamiento* —que algunos presentan como la democracia sin más— hace acto de presencia por lo menos en tres partes: a) entre los capitalistas asociados, a nivel nacional o internacional, en su deseo de prescindir en lo posible de las contradicciones intercapitalistas a la hora de explotar a los trabajadores asalariados, b) entre los trabajadores asalariados (por ejemplo sindicatos) en su necesidad de evitar lo más posible las contradicciones interproletarias a la hora de negociar con la clase enemiga el precio de venta de su fuerza laboral y c) en los individuos que se agrupan por alguna razón (por ejemplo ONG's) y que no caen directamente en la órbita del capital y el salariado.

La *democracia de funcionamiento* es una democracia *formal* porque es indiferente al contenido; por eso puede adjetivarse indistintamente como empresarial, campesina, ciudadana, esto es, de diversa manera y en ocasiones contrapuesta. En este sentido, puede afirmarse que, si respetan las reglas de este ejercicio organizativo elemental, son tan "democráticos" los poseedores como los desposeídos. Todavía más. Si los grandes capos de un cártel de drogas o de una banda traficante de armas, se sometieran a la democracia de funcionamiento para que no hubiera dictaduras y privilegios entre los hampones, también se podía de-

cir que son, entre ellos mismos, "democráticos". La finalidad perseguida por la democracia de funcionamiento tiene poco que ver con la democracia como sistema político; consiste en montar guardia, cuidar la unidad o cohesión de los asociados, asegurarles que las decisiones tomadas se hacen de manera colectiva, no respondiendo a intereses de tal o cual magnate, cacique o personalidad fuerte. Su propósito es dejar de lado otras formas, añejas ya, de funcionamiento organizativo como el despótico, arbitrario, "discrecional" que acarrear, o pueden acarrear molestias y rechazos entre algunos miembros de la agrupación que se sentirían ignorados, dejados de lado o de plano subestimados o pisoteados.

Esta democracia funcional múltiple es uno de los dispositivos organizacionales del sistema: acepta, promueve y se siente orgullosa de que el mecanismo de las votaciones aparezca arriba y abajo, en la periferia y el centro, en una palabra, a lo ancho y a lo largo de la sociedad capitalista. Bien vista, no es otra cosa que una forma de operar del régimen, porque, lejos de subvertir el orden y los puntales en que se basa la formación social, los reafirman y consolidan. Ciertamente que no debe desdeñarse la importancia y progreso que implica la democracia de funcionamiento frente al despotismo en cuestiones de organización. Mas es importante subrayar que la primera hace que la sociedad capitalista dividida en clases, en gobernantes y gobernados y en un sin fin de polaridades más, halle en ella la regla ubicua y contrastante para que los diferentes protagonistas económicos, políticos y sociales del régimen, entren a la lisa, la convivencia, las negociaciones o la colaboración, del mejor modo posible, dada la unidad y armonía que se logra en cada polo o parte. La democracia de funciona-

miento, activada en todos los rincones y vericuetos del sistema, pone de relieve, en su generalización organizativa, su inocultable carácter burgués desde el momento en que opera siempre *en* el régimen capitalista, pero nunca *contra* él o como elemento desestructurador de un modo productivo que conlleva la explotación, la pobreza de las mayorías, la corrupción como palanca ineludible de la acumulación, etc. Esta democracia es formal porque, como dije, funciona con indiferencia respecto al contenido y es burguesa porque, encarnando tal manera de proceder, actúa como una herramienta que no hace otra cosa que convalidar, con la explotación, la sociedad desigual que nos ha tocado vivir.

Mas, al llegar a este punto, conviene aclarar que muchas veces el concepto *democracia* no se presenta de modo tan precario y elemental como lo he hecho^[33], ya que, elaborado y profundizado con el tiempo hasta ser una doctrina o una filosofía, se trata de un sistema de pensamiento ideológico que desborda la formulación elemental de la democracia de procedimiento, para sustituirla por una más compleja y, en cierto modo, más taimada y embaucadora.

Esta doctrina reúne, entre otros, los siguientes elementos: a) la democracia de funcionamiento, b) los problemas de la representación, c) la vinculación e independencia de los tres poderes y d) la asunción de los derechos humanos, etc.

a) De acuerdo con esta filosofía, la democracia de funcionamiento no se reduce a las bondades del sufragio como el instrumento privilegiado del mecanismo mediante el cual se convierten los acuerdos en decisiones, sino que implica los siguientes aspectos: tendencia al con-

³³ por razones de exposición y método.

senso, votación y decisión mayoritarias, respeto a los derechos de las minorías, acatamiento por parte de las instancias inferiores de la sociedad o de la agrupación de los acuerdos tomados por las instancias superiores (elegidas mediante una votación transparente), denuncia contra el "seguidismo" y el "complejo de rebelión" y su reemplazo por las actitudes correctas: coincidencia y discrepancia.

Los ideólogos de la democracia dicen, en efecto, que antes de una decisión colectiva, debe discutirse suficientemente y tenderse al consenso (unanimidad) y que sólo cuando no pueda accederse a ello, hay que someter a votación lo tratado. La votación ha de tener lugar cuando la tendencia a la unanimidad o al consenso sea perturbada por el disenso y obligue a los individuos a poner en práctica, como un mal menor, el mecanismo del voto. Condición fundamental para que sean eliminados, en la discusión y la toma de decisiones, los aspectos irracionales que se suelen presentar en las deliberaciones, es que todos los aspectos enlistados arriba se cumplan o, por lo menos, se haga el intento de llevarlos a cabo sistemáticamente.

b) En lo que se refiere a la *representación* —parte esencial de la filosofía de la democracia desde Locke y Rousseau— conviene adelantar críticamente que, en general, en ella hay una *sustitución*^[34]: habitualmente el representante reemplaza al representado y se sustantiva o, dicho de otro modo, la voluntad individual del "servidor público" impera sobre la voluntad general de sus electores^[35]. Es el caso, para poner un ejemplo, de los diputados, senadores,

³⁴ Lo que lleva a algunos a hablar del "fetichismo de la representación" (Enrique Dussel).

³⁵ "Voluntad individual" no significa aquí el ejercicio individuado del poder, sino la separación del representante respecto a sus electores y la defensa de intereses ajenos a éstos (partidarios, monopólicos, etc.).

asambleístas o representantes con cargo público de todos los niveles.

Los ideólogos de la representación argumentan a favor de tal práctica haciendo notar que una colectividad tiene forzosamente que limitarse a la delegación del poder, o a operar a través de unos cuantos, porque el poder no puede ser ejercido por todos a un tiempo, y que sólo con la representación es posible entrar al *mecanismo de las decisiones* al que aludí con anterioridad: se eligen, por ejemplo, a los diputados y ellos, en su cámara legislativa, toman acuerdos mediante la deliberación y el voto.

El *sustituismo* implicado en la práctica habitual de la representación —o lo que me gustaría llamar la *demagogia de la representación*— es la causa esencial, en los llamados regímenes democráticos, del desdoblamiento y contraposición de la sociedad en gobernantes y gobernados, en individuos sustantivados en el mandato e individuos enajenados en la obediencia.

Conscientes de esto, los ideólogos de la democracia, y algunos diputados y senadores, hablan a veces de la necesidad de la comunicación permanente (o al menos de vez en cuando) entre representantes y representados. A estos ideólogos les perturba el hecho, evidenciado hasta la saciedad por la experiencia, de que esta consulta, o no tiene lugar, o, de tenerla, no recoge por lo general las aspiraciones del electorado^[36]. Como sólo excepcionalmente ocurre esta revinculación del representante con sus electores

³⁶ ¿Las aspiraciones del electorado? Por desgracia también ellas se hallan manipuladas. Pero si fuese posible, por lo menos, llevar a cabo los deseos de los representados, la representación, sin dejar de ser una práctica demagógica, sería menos burda.

(rindiéndoles cuentas, informándoles sobre su gestión, tomando en cuenta sus aspiraciones y críticas) la necesidad de realizarlo queda como *idea*, invitación a perfeccionar el método, consejo del politólogo "ansioso" de una democracia plena³⁷].

Una de las piezas fundamentales de la ideología burguesa de la democracia es la aseveración de que ésta es permanentemente perfectible. Que si hay fraude electoral, mañana se extirpará para siempre esa vituperable acción. Que si los representantes se sustantivan, en el futuro se logrará que no ocurra tal cosa. Que si a la gente se le manipula para ejercer su voto a favor de tal o cual persona, de tal o cual partido (en general el que se halla en el poder), en lo porvenir se evitará tal hecho, etc. A esta pieza de la doctrina democrática le podemos dar el nombre de *reformismo utópico*. El mejoramiento global y permanente del sistema es imposible, al menos por dos razones: la primera, concorde con la experiencia, nos dice que las supuestas "conquistas democráticas" —relativo predominio del estado de derecho, proceso electoral transparente, algún combate contra la pobreza, etc.—, nunca se logran del todo, nunca garantizan el arribo a un estado que impida la involución, el salto hacia atrás, la anulación de lo alcanzado y su sustitución por las formas arcaicas de operar.

³⁷ Se supone que los votantes eligen o votan a favor de un representante parlamentario porque éste pertenece al partido político de sus preferencias, y que lo promueven con la esperanza de que tratará de hacer prevalecer los anhelos de los electores en y por las acciones parlamentarias. Pero ni siempre los diputados y senadores son fieles al programa que dicen defender, ni, lo que es peor, este programa —de común ideológico, falsario, embaucador— expresa los intereses que presume apoyar.

¿Por qué ocurre tal cosa? Porque el motor de estas regresiones —que no es difícil de identificar pues se trata de los intereses privados que juegan en el capitalismo un papel protagónico—, lejos de desaparecer se halla siempre activo y dispuesto a modificar, de acuerdo con las circunstancias, sus modos de participación. La segunda razón que nos torna evidente el carácter utópico del reformismo burgués estriba en el hecho, históricamente comprobable, de que los cambios "progresivos" que pueden o podrían tener lugar en la formación social capitalista, chocan con barreras infranqueables: la propiedad privada y, aludiendo al problema del poder, las formas de organización jerarquizada de la sociedad. Por eso el advenimiento del anticapitalismo al poder por la vía electoral es sumamente dudosa —como lo muestra el pinochetazo— porque, aun suponiendo que el movimiento democrático anticapitalista triunfe en las urnas, no lo hace en campos de poder estrictamente *materiales* como son el terreno de las armas, etc.

Una de las más nítidas manifestaciones del reformismo utópico que acompaña de común a la ideología burguesa de la democracia, lo descubrimos en las afirmaciones habituales sobre la representación. Los ideólogos de la democracia no desconocen que los representantes pueden alejarse de y hasta contraponerse a sus representados; pero confían en que los delegados den una lucha sin cuartel contra esa tendencia o, lo que es equivalente, combatan denodadamente contra los intereses que el ejercicio del poder genera subrepticamente en ellos. Están ciertos, en fin, de que, si los representantes llevan a cabo la pugna mencionada considerarán el puesto de representación como un medio, un ámbito privilegiado para realizar los anhelos de los electores, lo verán no como el sitio de privilegios y prebendas, sino como oportunidad de *servicio*. ¿Cabe una

concepción sobre el poder más utópica que ésta? .La realidad de las cosas es que, en general, el poder corrompe en proporción directa a su nivel jerárquico: a menor poder menor corrupción; a mayor poder mayor corrupción. El poder delegado engendra el *narcisismo de la representación*: creerse (o acabar por imaginárselo) que uno, el delegado, es insustituible, superior a sus electores, y que al obrar discrecional y arbitrariamente, está beneficiando a sus electores. El reformismo *utópico*, que se entusiasma con el sueño de que algún día los mandatarios y representantes utilicen sus cargos como servicio, como expresión popular, como realización plena de la democracia, ni quieren ni pueden comprender las causas psicosociales, no muy visibles superficialmente, que llevan a los representantes a que, como una ley de tendencia ineluctable, se sustantiven y contrapongan a sus representados^[38].

Todo lo precedente, me inclina a hablar, como ya lo apunté, de la *demagogia de la representación*. Repárese: la demagogia es la esencia de la ideología. Dice ser una cosa y es otra. Su práctica es el engaño. Su vocación el fraude. La demagogia de la representación afirma la necesidad, posibilidad y realidad de la delegación. Pero ésta ¿realmente existe? Aún más: ¿es posible? En ciertas circunstancias, parece ser una realidad. Ciertos diputados, por ejemplo, luchando contra la tendencia a la sustantivación que les es inherente, pueden recoger los deseos de sus electores y actuar en el sentido de favorecerlos. Mas ¿los

³⁸ "El fetichismo de la representación" implica, desde luego, otro factor fundamental: electores que, por no exigir, por quedarse callados, por no buscar las vías organizativo-políticas para hacer oír sus demandas, tienden a convertirse en cómplices inconscientes de sus representantes "independizados".

anhelos de los representados reflejan en verdad sus intereses? Y hago esta pregunta porque, como ya lo insinué, en algunos casos notorios ciertas aspiraciones populares han sido prefabricadas por los dispositivos ideológicos del sistema y socializados en ráfagas de propaganda por los medios masivos de comunicación. La institucionalidad política —la delegación— realiza entonces, sin problemas, los requerimientos particularistas, vacuos y superficiales introyectados de antemano en los individuos que acuden a las urnas con el afán de mejorar su *modus vivendi*. ¿Cómo entender lo que pasa aquí? La mejor manera de hacerlo, me parece, es distinguir entre los *intereses inmediatos* de los electores y sus *intereses históricos*. Los intereses inmediatos no son, desde luego, desdeñables: aluden a lo que el electorado querría que se hiciese (que se construya un parque, que se mejore el transporte, que se combata la inseguridad, que crezca la posibilidad del empleo, etc.) Los intereses inmediatos —deseos, preferencias, demandas— prenden, en general, en la gente pobre de manera espontánea; cuando no tiene la menor conciencia de clase. La delegación opera entonces como representación efectiva, sí, pero de un elector enajenado: en el mejor de los casos satisfará ciertos deseos, pero no hará nada, absolutamente nada, a favor de la emancipación social. La *demagogia de la representación* se muestra aquí en toda su desnudez: se engaña al pueblo "beneficiándolo", se le suministran aspirinas al cáncer, se adormece a la gente con la estrategia del espejismo. Los intereses históricos de los trabajadores —y la mayor parte de los electores son tales— tienen que ver con la lucha contra las innúmeras esclavitudes del hombre. Lo que posibilita el tránsito de los intereses inmediatos a los intereses históricos o, para ser más preciso, lo que impide que los intereses inmediatos —en clave reformista— se hipertrofien de manera tal que hagan

esfumarse a los intereses históricos (o se les relegue al más incierto de los futuros), es la conciencia de clase, la cual es, por desgracia, extremadamente restringida en nuestro medio.

Si tomamos en cuenta este distingo entre dos tipos de intereses podemos concluir que *los representantes prácticamente nunca defienden los intereses decisivos de los representados*. Y es claro por qué: porque el Congreso (cámaras de diputados y senadores) constituye una institución creada *ex profeso* para reproducir las condiciones de existencia del sistema capitalista. Y no, como se nos quiere hacer creer, para lograr la representación democrática.

c) Al hablar Montesquieu de los tres poderes, de su necesaria vinculación e independencia, dio con la regla de oro de la democracia formal, republicana y burguesa. Repárese, sin embargo, que una de las formas más primitivas y autoritarias en que, diciendo asumir esta forma de gobierno, se le negó en la práctica, fue ese presidencialismo —como el de nuestro país durante la época priísta— responsable de que el poder ejecutivo designara al judicial y controlara al legislativo, creándose algo así como un *despotismo de la presidencia*. Los ideólogos de la democracia, preocupados en perfeccionar el sistema, no se cansan de sostener que entre los poderes no debe existir sujeción o dependencia de unos a otros ni, sobre todo, de los poderes legislativo y judicial al ejecutivo. Para lograr tal cosa, arguyen que, primero, deben ser electos mediante sufragio no sólo los diputados y senadores del poder legislativo y el representante del poder ejecutivo, sino los jueces, magistrados del poder judicial, y segundo, que es no sólo conveniente sino forzoso impedir la simbiosis entre el partido mayoritario y el gobierno y propiciar la existencia de un eficaz juego de partidos, para que, además de posibilitar la

alternancia, el congreso federal se reconforme de tal manera que logre su independencia frente al ejecutivo. La democracia plena implicaría, entonces, *someter los tres poderes al mecanismo electoral de la representación*.

Como la elección "autonomiza" al presidente de la república, los senadores, diputados, asambleístas, etc., o como todo el sistema gubernamental "elegido por el pueblo" se contraponen a una masa de gobernados, las elecciones devienen en general la *gran farsa de la democracia burguesa*. Si los tres poderes son elegidos (y hasta permanecen independientes unos de otros) hay una primera sustantivación del poder. Si los poderes legislativo y judicial caen bajo el control del ejecutivo —o no logran deslindarse de él— hay una segunda sustantivación. La demagogia de la representación tiene grados. No son lo mismo, desde luego, la dictadura, el presidencialismo o el "régimen democrático" —con un funcionamiento equilibrado de los tres poderes—; pero en ningún caso deja de ser una farsa o una tragedia. Se dice que hay delegación cuando hay sustitución. Se dice que se eligen servidores públicos, cuando se eligen poderes ajenos. Si los capitalistas son explotadores y marrulleros, los políticos burgueses son falsarios y embaucadores.

Bueno es recordar aquí la vieja polémica de si es más conveniente o más democrática la representación directa o la indirecta. Adelantaré que, para mí, no se trata de la contraposición de un buen método y otro defectuoso, sino de dos maneras de ejercer el poder fetichizado. Si se presenta la forma indirecta como un avance notorio sobre la directa —o se supone que el sistema electoral mexicano se democratizará sustituyendo el procedimiento actual por el de la "segunda vuelta"—, se está embucando de nuevo al electorado. Explico por qué. En relación con el poder ejecutivo,

varios países —y los mexicanos con ellos— optaron por la directa: se elige al presidente de 'la república mediante el sufragio universal y secreto. Al menos en teoría. Los ingleses, en cambio, eligen al parlamento y éste a su vez a su primer ministro en una elección indirecta. Los primeros exaltan su modo de operar calificándolo de popular-democrático y los segundos de democrático-selectivo. Los partidarios de la representación directa arguyen que si el desdoblamiento en representantes y representados en una delegación directa de poderes, puede traer problemas de separación, distanciamiento y hasta contraposición entre gobernantes y gobernados, la indirecta agrava la situación porque los representantes elegidos indirectamente (o electos por los delegados o ministros) se hallan *más lejos aún* de las urnas iniciales y se encuentran en mayor peligro de sustantivación y desligamiento de 'la voluntad popular³⁹]. Pero para los amigos de la representación indirecta —cuando se trata del poder ejecutivo o de una autoridad alejada de las bases en una organización— aquellos no toman en cuenta el problema y los riesgos de la *imagología* y la mercadotecnia, y la conveniencia de reemplazar el procedimiento directo por uno indirecto y selectivo, basado en el conocimiento que el parlamento, convertido en cuerpo electoral, tiene del ministro que se escoge como primer ministro. En la votación directa, cuando los ciudadanos de un país o los miembros de base de una agrupación partidaria, etc., votan por alguno de los varios candidatos que aspiran a ocupar la silla presidencial o el más alto puesto del partido, lo hacen, en general, por la imagen y no por su verdadero carácter, desconocido, disfrazado, que se

³⁹ Muchos teóricos de la izquierda argumentan infelizmente de modo análogo cuando preconizan la necesidad de que la democracia sea *directa*.

presenta de él. Sufragan por una apariencia, una impresión, un sueño. Cuando millones de mexicanos votaron el 2 de julio del 2000 por Vicente Fox, dieron su anuencia a una imagen creada deliberadamente por los especialistas de la *mercadotecnia imágológica*. Si se piensa a profundidad en este hecho, difícilmente podrá concluirse que es democrático un procedimiento prefabricado por los técnicos de la manipulación, del que sólo se sabe y ve lo que la imágología de los medios de comunicación quieren que se sepa y vea.

Independientemente de que, en determinadas circunstancias, un sistema puede ser menos malo que el otro, o viceversa, los dos procedimientos son, como dije, dos diferentes modalidades de llevar a cabo la demagogia de la representación. En ambos predomina el sustituisimo^[40] de los representados por los representantes. Este reemplazamiento consiste en *actuar los delegados esencialmente en consonancia con sus intereses; pero hacerlo en nombre de los electores*. Por eso es notoriamente demagógico porque pretende imponer una línea particularista sin vulnerar el consenso y la hegemonía necesarios. Si la naturaleza de la representación es el sustituisimo, el origen determinativo de éste se halla, entre otras cosas, en la estrecha colaboración de un factor subjetivo –el afán de posesión^[41]– y en un factor objetivo –la existencia de la *clase intelectual*– que codeterminan, en y con el sustituisimo, el fetichismo de la delegación. La representación directa es el directo reemplazamiento de la voluntad del electorado por el poder ejecutivo. La representación indirecta no es más que un sustituisimo diferido, una sustitución en segundo grado

⁴⁰ Sustituisimo que es la esencia de todo sistema político de poder, y que fue entrevisto ya por el joven Trotsky.

⁴¹ No sólo de cosas e ideas, sino de personas.

o un sustituisimo del Sustituisimo^[42]. Por todo lo anterior, no puedo menos de subrayar el carácter inmoral –por engañoso y manipulador– del sistema electoral-democrático del régimen capitalista en general: los matices no cambian la esencia...

De la misma manera que los apologistas del capitalismo, en lo que a la economía se refiere, intentan justificar y exaltar este modo de producción por las "virtudes" de generar empleos, producir satisfactores y "progresar ilimitadamente" con los estímulos de la competencia, tratan ahora, en el nivel político, de presentar a esta formación como un sistema que, lejos de contraponerse a los derechos humanos, los subsume y generaliza. Para estos ideólogos, los principios electorales, los tres poderes y el régimen republicano en general no son sino el ámbito en donde, como su contenido expreso fundamental, deben florecer los derechos humanos.

d) El concepto habitual de los derechos humanos es de clase: protege a los individuos de todo, o de algo, menos de la explotación generalizada. Los derechos humanos preconizados por la ideología burguesa constituyen el lado humanitario del capitalismo mundial. El concepto de ma-

⁴² Karl Lowenstein escribe: "El cambio de sentido en el proceso político de la Gran Bretaña estriba en que... la soberanía del parlamento... hoy está esclerotizada en simple dogma y ya no responde a la realidad política. Ha sido reemplazada por el control directo de la cámara baja por el gabinete" (citado por Teo Stammen). Teo Stammen apunta "la evolución en general del sistema parlamentario del gobierno clásico discurre en la dirección de un predominio del gobierno, y dentro del gobierno del presidente del consejo de ministros, Teo Stammen, *Sistemas políticos actuales*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969, Pág. 69.

rras es atravesado por la noción de democracia: una democracia formal (primitiva o refinada); pero no de una democracia real, auténtica, *subvertidora*. Los teóricos de los derechos humanos consideran generalmente la propiedad privada como un derecho inalienable de la persona. No es un accidente que una de sus fuentes ideológicas sea, como dije, el *jus naturalismo*. Así como en una época se pensó que los monarcas eran de origen divino, los justificadores de la propiedad arguyen que en la naturaleza humana, salida de las manos de Dios, se halla el derecho fundamental de poder adquirir y usufructuar una propiedad privada. Cierto es que ello resulta pertinente cuando se trata de una propiedad individual moderada de bienes de consumo – porque tal cosa no conlleva la explotación. Pero cuando tal "derecho" (como propiedad privada de medios de producción, intercambio o servicios) se vuelve la condición obligatoria para la exacción de valor y plusvalor –o, lo que tanto vale, para el latrocinio del trabajo ajeno– nos revela que la noción habitual de los derechos humanos –pieza ideológica esencial de la globalización– conlleva un inocultable carácter de clase.

De nuevo la hipocresía. No se puede negar que la designación de los ombudsman o la creación de ciertas ONG's pueden jugar un cierto papel positivo y *que la lucha por los derechos humanos en general es una tarea impostergable y necesaria*; pero no debe olvidarse el carácter último, falsario y embaucador, que está en la base oculta de esta noción.

TERCERA PARTE

Lo jurídico político y lo moral

Después de haber examinado algunos aspectos de la ideología, y de haber aluzado el contenido ético oculto tras de su mecanismo operativo, voy a llevar a cabo una reflexión sobre tres elementos esenciales de la vida social: el Estado, el derecho y la política.

1. *El Estado.* En una descripción esquemática del Estado moderno, nos es dable hablar de tres elementos que lo caracterizan: sus *componentes*, su carácter y sus funciones. Los componentes hacen alusión a los elementos físicos, humanos y culturales que lo definen. Hay que tomar en cuenta, en efecto, el espacio y el mar territoriales, las costas y las islas que pertenecen a una nación. Asimismo los habitantes o ciudadanos que conviven en el país y finalmente las instituciones que estos connacionales se han dado como producto de su historia particular e idiosincrática. El *carácter* se refiere a su naturaleza de clase –lo diré yendo directamente a su esencia y no a su apariencia, a su verdadero papel y no a ciertos elementos secundarios que lo acompañan. Sus *funciones* son, entre otras, un cúmulo de prácticas administrativas, ideológicas, económicas y salvaguardadoras del orden y la defensa del país.

La teoría burguesa del Estado se refiere persistentemente a los componentes del mismo y a sus funciones y casi no quiere hablar de su carácter o, si lo hace, nos brinda una

imagen idealizada y falaz de él. La naturaleza del Estado –para los teóricos capitalistas del mismo– consiste en administrar la cuestión pública poniéndose al margen de las clases sociales –o estratos de la sociedad como prefieren designarlas– para gobernar "sin parcialidades" y teniendo como único objetivo responder a las demandas multilaterales del interés público. Pero pretenden ocultarnos el sol con el dedo de la falacia, el velamiento y la hipocresía. El Estado –como los tres poderes los tres órdenes de gobierno– no es una instancia abstracta, una cúpula impersonal, un panóptico despersonalizado. Está formado por individuos de carne y hueso que buscan satisfacer sus expectativas particulares, los objetivos de su partido y los intereses de clase a la que representan directa o indirectamente. El funcionariado estatal, encaramado en las cúspides del poder, expresa más que nada los intereses en general de la clase dominante, pero también intereses de estrato y grupo. Independientemente del momento histórico que se viva –predominio del PRI o del PAN, exaltación del Estado benefactor o del neoliberalismo– los funcionarios representan, no al pueblo –como dicen– no al electorado –como aúllan– sino a algún sector de la clase dominante. Pero no sólo eso. El poder puede convertirse –frecuentemente lo hace así– en el trampolín para obtener recursos económicos frescos y lograr con ello una rápida acumulación de capital que permita a los políticos cambiar de piel y transformarse en capitalistas, banqueros, hombres de negocios. También puede lograr otro bien inestimable: dar rienda suelta a lo que podemos llamar el *narcisismo del poderoso*. Cuánta gente mediocre, acomplejada, con sentimiento de inferioridad, halla en el poder y el dinero la posibilidad de singularizarse, dominar a sus semejantes y encomiar en su fuero interno la elevada posición "a la que

su yo se ha encumbrado". Por todo lo anterior, puedo concluir que el Estado —que dice ser lo que no es o que es lo que dice no ser— es por esencia *falsario*. Pero no sólo falsario. También es represor. Cuando lo exigen las circunstancias, cuando pelagra su estabilidad o la del régimen, cuando vislumbra nubarrones en el futuro, no se tiente el corazón para enderezar sus armas contra el descontento popular. El Estado puede decir lo que quiera sobre sí mismo. Puede intentar engañarnos sobre lo que significa y hasta convencernos y confundirnos momentáneamente; pero cuando reprime al pueblo (como en San Salvador Atenco y Oaxaca), invade a otros pueblos, o blande el genocidio —como en las guerras sucias—, no puede ocultar, en verdad no puede, su verdadera esencia.

2) *El derecho*. Las deidades antiguas ha tiempo que han fenecido. Tras el crepúsculo de los dioses, el panteón ha sido abandonado y ya no nos es dable hallar ningún ramillete de recuerdos sobre sus tumbas. Se podría pensar que Dios, con la D mayúscula del monoteísmo, es el causante de este exterminio, de divinidades, que ha puesto a raya al politeísmo y ha engullido toda suerte de divinidades. Pero los dioses tienen la virtud de reencarnar, y en ocasiones lo hacen con diferente apariencia y distintas atribuciones. Tal es el caso de la *ley*. En la sociedad capitalista —esencia— que se presenta como democrática —aparencia—, la ley funge como un fetiche, un ídolo que norma, o debe normar, las acciones de los individuos y de los grupos que forman parte de la sociedad. Si no se vive "bajo el imperio de la ley" (o lo que tanto vale, las normas jurídicas) se cae en la anomia (Durkheim), la disfunción o la "anarquía". La ley implica, pues, un orden. En el desorden, el caos, el

mundo natural o salvaje, domina el más fuerte. En la sociedad emanada de un pacto social y en donde el derecho establece los principios, preceptos o normas fundamentales de la convivencia, la ley pone un *hasta aquí* a las tropelías de los más fuertes y/establece un régimen jurídico que permite armonizar los intereses de los ciudadanos e impide el ejercicio y la imposición de la arbitrariedad. Esto es lo que afirman los teóricos del derecho burgués. Pero ¿su afirmación corresponde en realidad de verdad a lo que ocurre en todos y cada uno de los países del capitalismo mundializado? Se suele presentar el derecho como un conjunto de normas en las que encarna una suerte de neutralidad respecto a los intereses sociales e individuales contrapuestos. Así como los defensores de la burguesía piensan, o dicen que piensan, que su Estado, lejos de expresar los intereses de una parte minoritaria de la sociedad, representan los derechos y obligaciones de todos los componentes del cuerpo social, y, por consiguiente, no es un Estado de clase, al hablar del derecho argumentan, como es lógico, de igual manera: el derecho positivo —el conjunto de normas que los hombres se dan para garantizar convivencia— "no toma partido" por ninguno de los sectores en conflicto (actual o potencial) que integran la sociedad, ya que pretenden reglamentar la vida en común de los individuos y grupos sociales sin favorecer en la legislación a unos en detrimento de los otros. El derecho "democrático" es presentado, pues, como un conjunto de preceptos fundados en la *imparcialidad*: el propósito con el que han sido elaborados hasta formar la estructura legislativa de una constitución moderna, es tratar igualmente a todos los integrantes de la sociedad. Los problemas de la ley —se nos dice— vienen, de común, de su interpretación, de ahí que la hermenéutica jurídica sea una disciplina de primera importan-

cia. Una mala interpretación de la ley, un tratamiento tendencioso de ella, le confisca su "imparcialidad" y la pone al servicio de unos –los más fuertes en general– contra los otros.

Mas se precisa aclarar que, aunque frecuentemente las normas son mal interpretadas o se hace un uso faccioso de ellas, no están construidas, en su esencia, o en su formulación jurídica sustancial, al margen de las clases sociales y sus conflictos, sino que, como el Estado y todas sus instituciones, tiene un franco carácter de clase.

Aunque existen elementos en común entre el derecho y la moral (ambas disciplinas contienen normas donde encarna un deber ser, las dos buscan reglamentar la vida de los individuos, una y otra poseen carácter histórico, etc.), para la modernidad y la sociedad capitalista fue esencial hacer un deslinde entre ellas^[43]. Mientras que en la antigüedad –por ejemplo en la fase preclásica del derecho romano– no se separaban y contraponían la moral y el derecho, desde el renacimiento empieza a ponerse el acento en las diferencias que tienen la normatividad jurídica y la ética. El deber ser o la obligatoriedad de las dos ciencias conlleva una diferenciación inequívoca: el derecho se basa en una obligatoriedad externo-coercitiva, la moral en una obligatoriedad interno-imperativa. Las dos, como puede verse, implican una coactividad: en el primero externa (política) y en la segunda interna (moldeada en la responsabilidad personal). El derecho requiere de un Estado –y su aparato de fuerza: policía, jueces, cárceles, etc.– que haga cumplir

⁴³ Umberto Cerroni dice: "La ciencia jurídica moderna nace cuando se completa y se institucionaliza la distinción entre derecho y moral", *Marx y el Derecho Moderno*, Editorial Grijalbo, Teoría y Praxis, México, 1975, Pág. 26.

la norma, aunque el sujeto que debe acatarla no esté convencido de ella o de su valor moral. El derecho pretende ubicarse en un terreno distinto al de la moral. La bipolaridad de valores que se desprende de él —lo apegado a derecho o no— puede no coincidir con la dicotomía axiológica de la moral: lo bueno y lo malo. Los teóricos del derecho opinan que, para lograr el imperio de la ley y, con ello, la convivencia entre los ciudadanos, hay que abstraerse del nivel de lo fáctico o, lo que es igual, de las concepciones morales contingentes de los individuos y los grupos sociales, y establecer normas que traten igualmente a todos los integrantes de la sociedad.

No cabe la menor duda de que en varios aspectos, la ciencia jurídica —aun siendo burguesa— ve correctamente la relación entre la norma pública y la actuación privada. Pongo un ejemplo: si un automovilista corre por una avenida con un exceso de velocidad, no respeta las órdenes del semáforo, alcanza y sobrepasa a los otros autos por la derecha, etc., está violando repetidamente las reglas de tránsito y se hace merecedor de un castigo, punición que busca acostumbrar (o educar) a los automovilistas a cumplir con las disposiciones al respecto y satisfacer así la necesidad de proteger la vida de todos. El automovilista puede despreciar esta norma, decir que su comportamiento responde a que tiene mucha prisa o proclamar que "si no hay agentes de tránsito en las inmediaciones, todo está permitido". A la normatividad jurídica no le interesan las "evaluaciones" personales que los sujetos hagan de la ley. Su precepto se basa en el juicio hipotético: "si... entonces". "Si violas la ley, entonces serás castigado". Decía más arriba que en varios aspectos la ciencia jurídica hace bien en abstraerse de las concepciones morales subjetivas —que

pueden ser muy confusas y contradictorias— para reglamentar de la mejor manera posible la convivencia de los ciudadanos. Pero ¿qué ocurre si la norma es franca y decididamente inmoral? No me refiero sólo a leyes injustas que benefician a particulares o a una interpretación negativa y tendenciosa de la ley, sino a la posibilidad y realidad de una norma que resulte atentatoria para prácticamente la inmensa mayoría de la sociedad. ¿Hay una norma así?

¿Alguna ley, o conjunto de leyes, puede ser calificada de injusta y, consiguientemente, inmoral? En todas las constituciones burguesas se proclama la existencia de la propiedad privada. Cuando esta última hace referencia a la propiedad privada de los medios de producción, no hace otra cosa más que sancionar la explotación de los trabajadores asalariados por el capital. Se trata, pues, de una legislación basada en el latrocinio del trabajo impago. El derecho, como lo evidencia esta legislación, es el producto o resultado —y a veces la anticipación y condicionamiento— de unas relaciones de producción en que los proletarios — en el sentido amplio del término— son sistemática y jurídicamente esquilmos. Los ladrones no siempre están al margen de la ley.

3. La política. Las normas que sancionan la producción capitalista, la economía de mercado y el enriquecimiento especulativo —que juega un papel cada vez más importante en la economía globalizada—, no son las únicas atrabiliarias e injustas, irracionales y nefastas, sino también lo son, pasando a la instancia de lo político, las que sustentan la demagogia de la representación y el florecimiento de los micro y los macropoderes en la totalidad del cuerpo social.

En un primer intento de acercarnos a la noción y realidad de la política en el régimen capitalista, podemos afirmar de ella que es la acción que emprenden individuos, grupos y clases sociales con el objeto de conservar en lo esencial el *status quo* o modificarlo en alguna dirección. La política puede ser *conservadora* (cuando pugna porque no cambien las cosas), *reaccionaria* (cuando se propone instaurar sistemas francamente antipopulares) o progresista (cuando busca una renovación que supere lo establecido).

Desde otro punto de vista, se suele hablar de dos géneros de política: la de *principios* y la *pragmática*. La, primera se inclina a actuar de conformidad a ideales y programas en los que se hacen efectivos los anhelos de individuos o grupos sociales. El Orifico *principista* —del color que sea— se empeña en obrar de tal modo, en medio del tráfico de acciones que conlleva la política, que la finalidad de su acción no quede adulterada por compromisos, negociaciones, componendas. Rechaza decididamente el aforismo "el fin justifica los medios" y le interesa de manera especial salvaguardar la pureza de su precepto regulador. El *pragmático* pone el acento en los "pequeños triunfos", en la obtención de ciertas posiciones ventajosas o en alguna suerte de adquisición de privilegios o poder, aunque para lograr esos cambios —que parecen favorecerlo— sacrifique total o parcialmente el objetivo mediato que dice perseguir. La divisa fundamental del pragmático es: "hay que avanzar a como dé lugar". Para él lo importante es el movimiento, los logros, el activismo "con resultados visibles" aunque todo ello se consiga entrando en contradicción, de algún modo, con los propósitos más generales que supuestamente orientan su militancia. Entre la política de principios y el pragmatismo hay un sinfín de posiciones intermedias. Pero como no se puede avanzar en línea recta,

como no es posible "progresar" sin hacer concesiones y entrar en acuerdos con los otros, como, en fin, no es dable participar en la política real si se concreta uno a ser el defensor de ciertos principios abstractos —lo cual lleva a la marginación política y al narcisismo de los grupúsculos—, el pragmatismo predomina en general sobre el principismo, lo que nos permite entender la razón por la cual el *oportunismo* es uno de los protagonistas fundamentales de la tragicomedia cotidiana de la política actual. Hay que tomar en cuenta, por otro lado, que, con pocas excepciones, la política —conservadora, reaccionaria o progresista— se asocia con el poder.

Hay quien, en efecto, define la política como la pugna por obtener el poder: no sólo el "supremo poder", sino la variedad de poderes que existen en la sociedad y que atraen, como la miel a las moscas, a los políticos de corte tradicional. Si tomamos en cuenta que la política es el *campo de entrecruzamiento* de lo social (clases), lo grupal (partidos, etc.) y lo individual, que el pragmatismo se confronta con el principismo y que por lo general sale victorioso en la lisa, que todos, en diferente sentido y proporción, van en busca del poder (o, lo que tanto vale, del dominio de unos por otros), puedo decir que en el capitalismo no sólo hay, en economía, una *anarquía de la producción*, sino también, en política, una *anarquía de la acción*. Esta última, aunque produce resultados imprevistos, situaciones no buscadas por nadie en especial, beneficia, o no perjudica, al sistema capitalista o —en un sentido más amplio— a la forma enajenada de la vida social. En la anarquía de la acción no sólo participan los reaccionarios, los conservadores y los progresistas, sino la "izquierda radical": marxistas- leninistas, trotskistas, maoístas, etc. Aunque en las

condiciones de vida del capitalismo, la anarquía de la acción (o la desordenada actuación de individuos, grupos y clases) es insoslayable, quienes pugnan por un cambio radical de las cosas y confían en que otro mundo es posible, tienen que tratar de romper con las reglas del juego –por ejemplo con la política que va enfermizamente en pos del poder– y conducirse de otra manera, con distintos valores y diversa finalidad. Pero como éste es el tema fundamental de la cuarta parte, dejo las cosas en este punto.

CUARTA PARTE

Poder y moral

El poder y sus múltiples manifestaciones no son privativos del capitalismo. Los macro y micro poderes han aparecido a lo largo de la historia y en las diferentes formaciones sociales que constituyen su periodización. El régimen capitalista, sin embargo, moldea el poder de conformidad con su naturaleza y le da un tono y un carácter inconfundible. La relación más obvia entre el poder y este régimen es la que nos muestra al hombre de recursos —industrial, comerciante, financiero— como hombre poderoso. Don dinero abre puertas, elimina obstáculos, fortalece socialmente y coloca al hombre afortunado por encima de los demás. Es cierto que a veces no es el dinero el que trae consigo el poder, sino a la inversa: el poder lleva a enriquecerse. Entre la fortuna y el poder hay, entonces, interdependencia. No obstante, los dos elementos no se pueden ni se deben confundir porque, a pesar de los empalmes, tienen diferente esencia y porque puede haber hombres y mujeres poderosos en algún sentido, pero escasos de recursos económicos, e individuos ricos que, en comparación con otros de su misma clase, carecen relativamente de poder o no se distinguen por ser particularmente autoritarios. En otros sitios he propuesto la siguiente tesis, que reafirmo ahora: todos los humanos nacemos con un *afán de posesión*, del cual no siempre somos conscientes. Queremos poseer co-

sas, ideas, personas, etc., y queremos hacerlo para combatir o compensar nuestra fragilidad, nuestra inseguridad o, lo que tanto vale, la indigencia con la que, en tantos aspectos, venimos al mundo. Este anhelo apropiativo a veces se realiza, a veces no^[44]. A ciertos hombres y mujeres les es dable satisfacer tal impulso –por ejemplo cuando heredan un capital– y a otros –los más– se les veda tal cosa. Las condiciones objetivas favorecen a unos y perjudican a otros. Mas es insoslayable subrayar que cuando la realidad objetiva impide u obstaculiza severamente la realización del *afán posesivo* de algunas personas, este último no se esfuma o desaparece con el impedimento, sino que se reprime y genera una insatisfacción más o menos inconsciente. Los desposeídos conservan, en efecto, su afán de posesión, pero frustrado, impedido, con una impulsividad coartada.

El que hereda un capital o un negocio cualquiera ve realizado su afán apropiativo en tres niveles: es dueño de medios de producción, propietario de bienes de consumo –derivados del "beneficio" engendrado por el capital unido al trabajo obrero– y "poseedor" de la fuerza de trabajo. El capital manda, en efecto, sobre el trabajo. En la producción capitalista, se puede apreciar con toda nitidez cómo el dueño de los medios de producción se convierte en cierta medida, en "dueño" de las personas contratadas por él: la propiedad privada de los instrumentos productivos aparece entonces como la condición obligatoria para ejercer un *poder* directamente relacionado con lo económico.

La política, por su lado, se concibe como una actividad también orientada a tomar el poder: mas hacerlo ahora,

⁴⁴ Y en ocasiones se convierte en su contrario: en un afán de ser poseído y vivir en función de la obediencia.

pongamos el caso, en los tres niveles de gobierno: el federal, el estatal y el municipal. La búsqueda política del poder es, por eso mismo, no sólo grupal y clasista, sino individual. Los partidos están hechos para llegar al poder ejecutivo o legislativo, pero también para que sus "cuadros" ocupen un lugar de mando en alguno de los puestos de la compleja red institucional. El acceso al poder es al propio tiempo el arribo a una situación económica privilegiada (por los sueldos y prestaciones que implica) o la oportunidad para acumular gradualmente o de golpe el capital necesario para "cambiar de giro" en el momento oportuno. Más que hablar de poder habría que hablar de poderes o, lo que viene a ser igual, debería tenerse en cuenta que el concepto de poder alude a todos y cada uno de éstos y no sólo al Estado. El hambre de poder está en todas partes: en los de arriba y en los de abajo, en los gobernantes y en los gobernados. Todos advierten que para ascender al poder existen las dos vías mencionadas: los negocios y la política. También existe el poder, o los poderes, en la oposición. El liderazgo que alguien ejerce en los partidos, los sindicatos, las cooperativas^[45], es una prueba de ello, lo mismo que la aparición *espontánea* del poder en la pareja, la familia, la amistad, etc. Mas al hablar del poder, hállesele donde se le halle, es obligatorio hablar de la sumisión y la obediencia. Ciertamente que frente al poder (estatal, familiar, religioso, etc.) hay quienes, inconformes, se rebelan y optan por el camino de la disidencia y la impugnación: pero hay otros que se adaptan resignadamente a él o que, incluso, lo aceptan entusiasmados. ¿Cómo entender, entonces, el extraño fenómeno de la sumisión?

Tal vez los orígenes del poder y la sumisión no difieran

⁴⁵ Incluso en las organizaciones de tendencia que presentándose como autogestivas operan con un *vanguardismo solapado*.

del todo. Pudiera ser que el poderoso fuese inicialmente un individuo inseguro y frágil, que halla en el dominio de los otros o en su "apropiación" —lograda por las vías de lo económico o lo político—, la manera de compensar su debilidad. El sumiso también es, desde luego, una persona débil, pero, a diferencia del poderoso, hace del defecto virtud y en lugar de buscar la realización de su afán posesivo en la dominación de los otros, se deja poseer, como lo hace el masoquista con el sádico. ¿Cómo ocurre esto? ¿Por qué? Sin la pretensión de ir aquí al fondo del problema, y limitándome a hacer una descripción de lo que sucede, diría que, frente al fuerte carácter del poderoso, el sumiso muestra la debilidad que trae consigo el *infantilismo de la dependencia*. El conformista, en efecto, no quiere crecer, teme la responsabilidad que conlleva pensar y decidir "con la propia cabeza". Hay inseguros que en lugar de adquirir seguridad "poseyendo a los otros", la adquieren dejándose poseer. La baja autoestima, el masoquismo, el miedo a la responsabilidad, etc., influyen seguramente en la obediencia y la sumisión.

Se ha dicho con frecuencia: el poder corrompe y envilece. Pero ¿y las excepciones? Las excepciones confirman la regla: hay quienes, ubicados en un ámbito de poder, resisten la presión corruptora del puesto que ocupan y sirven a la comunidad. Pero la regla vuelve por sus fueros y en la inmensa mayoría de los poderosos ejerce su acción devastadora. El poder envenena, distorsiona, manipula una buena intención hasta volverla su contrario. Algo que trae consigo el poder se imbrica en la estructura psicológica del poderoso y moldea en él una personalidad desconocida: arrogante, arbitraria, melosa, rapaz y hasta canibalesca. ¿Qué es, entonces, lo que ha sucedido? Propongo esta respuesta: el ejercicio del poder satisface una exigencia, más

o menos inconsciente, de la *pulsión apropiativa*. La inseguridad que, en términos generales, acompaña a los individuos, se ve de pronto paliada por el dominio sobre los otros. El poderoso se siente muy bien, es presa de la envidia ajena, deviene reconocido y exaltado. En estas condiciones, no quiere perder el bienestar psíquico que acarrea ser alto funcionario público, arzobispo, dirigente de partido, secretario de sindicato, etc. Rechaza la idea de volver al anonimato de la medianía o a la situación anterior a su encumbramiento. Desea más bien consolidar su poder, acrecentarlo, convertirlo en permanente.

Al referirnos al capitalismo, también tenemos que hablar de la *enajenación* o *alienación*. La enajenación es un concepto, emanado de la tradición filosófica, en que se ponen en juego las nociones de *esencia* y *existencia*. Podemos declarar de algo que está *alienado* cuando su existencia no corresponde a su esencia, cuando está "fuera de sí", cuando sufre, por así decirlo, cierta "des-ontologización", cierta pérdida del ser, y de su ser más auténtico. No cabe duda de que, desde hace mucho tiempo, ha habido un abuso en la utilización de este término. Se habla de la enajenación artística, religiosa, política, amorosa, social, etc. Pero la alienación fundamental y decisiva —como se sabe desde Marx— es antropológica y se expresa nítidamente en la *enajenación del trabajo*, en la obligada conversión de este último de esencia definitoria de la naturaleza humana, a su forma existencial y cotidiana de trabajo forzado o de esclavitud moderna^[46]. Hay dos maneras de interpretar

⁴⁶ La alienación del trabajo engendra, según Marx, esta "paradoja infernal": "Ilegamos, pues, al resultado de que el hombre (el obrero) sólo se siente como un ser que obra libremente en sus funciones animales, cuando bebe, come y procrea o, a lo sumo, cuando se viste y acicala y mora bajo un techo, para convertirse, en sus funciones humanas,

esta "pérdida de la esencia": 1. suponer que el trabajador fue despojado de algo que alguna vez tuvo –interpretación que nos aproximaría a la tesis religiosa de la *caída*– y 2. considerar que el obrero se halla fuera de sí en el sentido de no poder ser aún lo que podría ser. La primera interpretación acude a un pasado incierto para intentar entender el despojo. Su dificultad consiste en que no hay un solo indicio historiográfico de un estado de plenitud o del hombre original des-enajenado. La segunda apunta a un futuro incierto (pero posible) para entender su pérdida. Su dificultad estriba en que del futuro poco podemos hablar... No obstante, de aquí nos es dable obtener una *idea regulativa* que nos permite advertir las ausencias en lo que es respecto a lo que *podría ser*, aunque no veamos tal realización.

En todo caso la enajenación^[47] genera apariencias: por ejemplo, la de que el propietario paga el valor completo del trabajo. El *fetichismo* –que es en cierto modo la trasmutación científica del concepto de alienación– insiste en la conformación espontánea de ilusiones y engaños a todo mundo por parte del sistema capitalista. El fetichismo de las mercancías crea la apariencia, por ejemplo, de que las relaciones entre los hombres, son relaciones entre cosas. Toda la economía –producción, circulación, distribución– se desfigura y se presenta como siendo lo que no es. El poder –la realización de la función apropiativa en los otros– aprovecha los fetichismos de la enajenación: vela

simplemente en un animal. Lo animal se trueca en humano y lo humano en anima ", Carlos Marx, "Manuscritos Económico- Filosóficos de 1844" en *Escritos económicos varios*, Ed. Grijalbo, México, 1962, Pág. 66.

⁴⁷ Concepto que abandona Marx en su madurez.

el latrocinio del trabajo impago y oculta los atracos capitalistas –con inclusión de las guerras– tras la apariencia de lo "puramente natural" e históricamente necesario.

QUINTA PARTE

Ética y moral

*"La clase obrera o es revolucionaria
o no es nada"*

Marx, Carta a J.B.Schweitzer.

1856

1. La ética es a la moral lo mismo que toda ciencia empírica a su objeto. La moral en sí misma, analizada por la ciencia de la Ética, es relativa e histórica. Surge de las costumbres y peculiaridades de un pueblo y éstas del desarrollo específico de una población en su multifacética particularidad: no piensan ni actúan de igual manera los hombres que viven en una época y en otra, en una región del planeta u otra, en una clase social o en otra, en un género u otro, etc. La ética como ciencia busca tanto lo que tienen de idéntico o semejante las más diversas conductas morales, cuanto lo que –pese a la estructura común que las define– presentan de diferente y hasta contrapuesto. La ética hace una abstracción del tiempo y el espacio para advertir que ciertos elementos –imperativos y valores, por ejemplo– aparecen y reaparecen constantemente. La belleza es, verbigracia, un valor para todos los pueblos, aunque las manifestaciones particulares de ella pueden diferir de la manera más ostensible. La moral (como realidad empírica) lejos de abstraerse del *aquí y el ahora* o del flujo histórico

en que tiene lugar, se revela en su diferenciada especificidad. La ciencia de la ética, al hallarse con valores justificación en todo hecho moral, no puede prescindir de dirigir preguntas a la axiología, pero no a la teoría de los valores en el sentido tradicional –decimonónico, por ejemplo–, sino a una concepción construida en un sentido radicalmente diverso a la reflexión axiológica habitual desde Lotze y Brentano hasta los modernos discursos al respecto. Reto de primera importancia es generar una teoría materialista de la axiología, en que los valores no sean criaturas ideales e hipostasiadas, sino depurada *expresión de intereses*. En este sentido resulta absurda la teoría de que el valor no es sino vale (Lotze). Es tan burdo como decir que el interés *no es, sino interesa*. El valor tiene la consistencia ontológica de lo que vale, ya que la ontología comprende no sólo las cosas o procesos sino la relación entre ellas o ellos.

2. La ética nos informa que en toda moral saltan a la vista las antítesis entre el ser y el deber ser y entre lo bueno y lo malo. Ciertos valores –en el sentido que les he dado– "convencen" a un grupo social determinado de que lo que existe tiene tales o cuales defectos (o se halla alejado en medida importante de lo valioso intuitivo) y, en esas condiciones, los individuos tienen que echar mano de un imperativo (un deber ser) llamado a modificar lo que existe: la situación y ellos mismos.

Aunque mi tema es la *moral revolucionaria en épocas de la globalización*, conviene insistir en que el capital, ahora globalizado y hasta mundializado, también tiene su moral. Desde la trinchera opuesta, ésta puede parecer facciosa y repugnante, hipócrita y despreciable, pero los capitalistas

la consideran como la única válida y el ámbito conductual adecuado para ir adelante o superar la limitación del ser por la transmutación progresiva del *deber ser*. Lo bueno, lo justo, lo natural es, para los capitalistas, que predomine la economía de mercado y tengan lugar la contratación de mano de obra, la valorización del valor, la más firme competitividad y la consideración del lucro como el fundamento incuestionable animador de la conducta humana. Los burgueses consideran –o afirman considerar– que lo que a ellos conviene –porque representa la realización adecuada de sus valores– conviene a todos^[48].

3. El capitalismo es un sistema que ha venido de menos a más. De hallarse en un principio únicamente en algunas regiones de Europa –larvariamente, por ejemplo, en el norte de Italia–, poco después se adueñó prácticamente de toda Europa y en la actualidad se ha convertido en un sistema mundial: el globo terráqueo en su conjunto es el mercado interno de este modo de producción, con forma principalmente neo-liberal, pero no sólo. El capitalismo ha dado un salto mortal y se ha generalizado. Con pocas excepciones, ha "devorado" la periferia pre-capitalista o no-capitalista. La globalización es un subterfugio para salirle al paso a la decadencia; pero ésta no se halla eliminada, sino diferida: corremos a pasos agigantados a la fase final

⁴⁸ ¿En algunos habrá mala conciencia? Quizás. Ciertas *obras de caridad* –no hallo otro nombre para llamarlas– así parecen atestiguarlo (el *Teléfono*, para poner un ejemplo), aunque siempre queda la duda –o más que duda– de si tales obras son una nueva acción engañosa de los monopolios más que una muestra de cierto remordimiento. En la mayoría de los capitalistas predomina la manera "burguesa" de ver las cosas y, por ende, una moral de clase ya que –recordemos– la conciencia social está determinada por el ser social.

del capitalismo ínsita en su mundialización. Durante el predominio de la feudalidad, el capital se presentó con un contenido pujante, renovador y progresista porque rompió los límites de una economía de consumo, impulsó el vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas y renovó todos los campos de la cultura. Pero... Afirmaciones como las precedentes, aun siendo verdaderas, ocultan la situación de la clase obrera –durante la acumulación originaria del capital. La cooperación simple y, sobre todo, el maquinismo, en que los trabajadores se revelan plenamente como los esclavos modernos.

Hasta aquí he descrito, en sus líneas más generales, la manera sustancial de funcionamiento del sistema capitalista y he deducido el carácter moral –*inmoral* desde la perspectiva del salariado o del humanismo anticlasista– que es inherente a este modo productivo. Esta descripción y esta deducción se proponen desplegar ante las víctimas directas o indirectas del capitalismo –o del poder anejo a su operatividad– el *ser* o, lo que es igual, la materia prima de la transformación imperativa (o del *deber ser*).

4. La primera tarea que tienen que emprender los altermundistas^[49] es la de *identificar a los depredadores*, afirmación que puede parecer extraña a los que han detectado desde siempre a quienes los explotan; pero hay millones de hombres que no saben bien a bien por qué existen y de dónde emergen las condiciones socio-económicas que los tienen tan postrados y miserables.

Para esclarecer lo anterior, conviene poner de relieve que

⁴⁹ Designación precisa y elocuente que, como se sabe, se ha dado a sí mismo el movimiento anticapitalista mundial.

el capital explota hoy por hoy a dos tipos de proletariado: el *tradicional* –que opera en la esfera de la producción– y el *nuevo* –que trabaja en los sectores de la circulación y los servicios. Al primero, en términos generales, no le cabe la menor duda por quién o quiénes es explotado^[50], sabe de las clases y la lucha de clases, tiene experiencia sindical, no ignora la diferencia entre la lucha puramente económica y la política. No sólo conoce en carne propia la permanente exacción de plusvalía por parte de la patronal, sino la represión inmisericorde cuando se atreve a protestar y exigir un cambio radical en sus condiciones de vida. En la actualidad, el miedo de perder el empleo y ser arrojado a uno de los círculos infernales de la desocupación, lo hace cauteloso, resignado y enemigo de todo "aventurismo" en la lucha sindical y proletaria. Un buen número de obreros puede ser presa del oportunismo, o ser arrastrado a un tipo de política conciliadora por una burocracia sindical *charra*; pero la mayor parte de los trabajadores se halla impedida de llevar su lucha más allá de ciertos límites por la amenaza de ser despojada de un empleo que le proporciona lo indispensable para sobrevivir. El nuevo proletariado –enfermeras, empleados de banco, dependientes de grandes comercios, meseras, etc.– no entiende, en general, su situación; le resulta incomprensible la causa social de su precario nivel de vida y no tiene la menor idea de la categoría social a la que pertenece. Una mesera se sentiría subestimada y degradada si fuera objeto de comparación con un minero o un electricista y se le clasificase en el mismo rubro. Ella se considera, sí, una trabajadora; pero una trabajadora "limpia" y en trato con personas y no

⁵⁰ Puede ignorar el número y el nombre de quienes los hacen –porque los patronos gustan de ocultarse en la invisibilidad–, pero es consciente de que existen y del papel que juegan.

con cosas como piedras o electricidad. Prefiere, por eso, considerarse de "clase media". ¿Qué es lo que le impide realizar un verdadero autoconocimiento? ¿Por qué se halla mentalmente alienada, es decir, "fuera de sí"? ¿De dónde surge el impedimento que no le permite identificar a fondo a su o sus depredadores?

La razón estriba en lo siguiente: La mayor parte del nuevo proletariado, impedido para advertir y asimilar la esencia de su ocupación, se deja llevar por su *forma*: desde el punto de vista de la apariencia formal, el trabajo de un empleado de banco, por ejemplo, difiere ostensiblemente del quehacer de los obreros de la construcción, etc. La diferente configuración del trabajo es multifacética y la encontramos en el proletariado tradicional. Los trabajos de los mineros, petroleros, zapateros, electricistas, impresores, etc., ostentan diferente configuración porque la fuerza de trabajo se aplica a estas actividades, cualitativamente diversas, para obtener mercancías con distinto valor de uso. Pero las clases sociales no se diferencian por la configuración cualitativa del valor de uso de las mercancías que salen de sus manos, sino por el puesto que ocupan en un proceso productivo donde tiene lugar la *valorización del valor*. Cuando el valor de las mercancías ($c+v+p$) se realiza mercantilmente, se pasa de lo cualitativo a lo cuantitativo: la M (mercancía) se transfigura en D' (dinero incrementado); lo cualitativo, el valor de uso, aparece como la condición posibilitante del enriquecimiento. La esencia definitoria de las clases estriba en el antagonismo generado por la propiedad privada sobre los medios productivos, y no por las meras diferencias de ocupación.

Con el nuevo proletariado surgen nuevas clases de mercancías: las *mercancías-circulación* y las *mercancías-servicio*. Son mercancías porque tienen —como los productos

tridimensionales— *valor de uso, valor de cambio y valor* y lo son también porque unos capitalistas de nuevo cuño han invertido sus capitales en estas esferas económicas para obtener nuevas y jugosas "ganancias". Sin embargo, como decía, los operarios de estas empresas —comercio, banca, servicios—, dejándose llevar por la apariencia de sus actividades o del *valor de uso* generado en ellas, se creen de una clase distinta a la de los obreros. Mas, por diversas que sean las ocupaciones, si el tiempo de trabajo se divide en necesario y excedente, y el excedente, o sea la plusvalía, va a parar a manos del empresario, los trabajadores de estos rubros *forman parte del salariado*. La presunción de que la forma utilitaria del producto define la "situación" o la esencia del trabajador, tiene como resorte esencial el *fetichismo de las mercancías*. Los trabajadores de estos giros se hallan enajenados por el distinto carácter utilitario de sus productos, y al no lograr abstraerse del contenido cosístico que ello supone, no pueden advertir las *relaciones interhumanas* escondidas tras de su operatividad.

5. Antes de continuar, repárese en este hecho significativo: las personas que conforman, se van sumando y se sumarán al movimiento altermundista son y serán, en su inmensa mayoría, proletarios ya sea del tipo tradicional o del nuevo. La moral revolucionaria que a ellos compete necesita antes que nada, voy a repetirlo, *detectar a los depredadores*, lo cual, como hemos visto, a veces no es nada fácil. Pero, además de detectarlos y vislumbrar quiénes son, hay que comprender en sus aspectos principales el proceso económico-social que los lleva a ocupar esa posición. Es, en efecto, un imperativo del movimiento anticapitalista hacerse de una idea, lo más

profunda posible, de los secretos que posibilitan el *latrocinio del trabajo impago*. Este conocimiento combatirá exitosamente las filosofías baratas, los prejuicios y las supersticiones con las que tantos individuos pretenden explicarse las nefastas condiciones en que viven. Cuántas veces oímos por ahí afirmaciones como las siguientes: ¡todo se debe a mi mala suerte! ¡La culpa la tiene el destino! ¡Dios lo ha querido así! ¡Quizás el responsable soy yo, porque me ha faltado iniciativa y no he sabido ahorrar! Estos dislates y lamentaciones creen que la pobreza se debe al azar, al destino, a Dios o a alguna insuficiencia individual. No advierten que el origen central de la pobreza es la riqueza. Las causas fundamentales del pobrerrío universal no radican ni en el allende ni en la naturaleza, sino en una organización social que desdobla a la colectividad en poseedores y desposeídos.

6. Tomando en cuenta, pues, lo desarrollado a lo largo de este escrito, podemos concluir que la mayor obligación de la moral revolucionaria en la actualidad, o la estrategia fundamental de los anticapitalistas, *es empeñarse en combatir y desestructurar la compleja maquinaria del capitalismo y terminar no sólo con el sistema económico que supone (propiedad privada, economía de mercado, etc.), sino con el contenido inmoral que cobija*. El crimen, la rapiña, la corrupción, el autoritarismo, el racismo, etc. hacen del capitalismo (o de la democracia como suele entenderse) un régimen execrable, enfermo, canceroso, que merece pasar a la historia. Este mandato relativo del rebelde anticapitalista con frecuencia no puede realizarse en lo inmediato —muchos son los factores que se oponen a ello—, sino que, bajo los designios de un propósito y una convicción, tendrá que presentarse en efecto como una estrategia:

la estrategia de la desenajenación. Toda lucha popular, antiimperialista, democrática, aunque no se proponga – porque no puede hacerlo- el cambio radical de régimen, tiene que llevarse a cabo con los ojos puestos en el "otro mundo que es posible".

Contra la indiferencia y el apoliticismo, el llamamiento: "¡hay que luchar contra las condiciones que hacen posible el latrocinio y la depredación capitalistas! se yergue como uno de los principios esenciales de la moral revolucionaria o del deber ser de los humillados y ofendidos.

Existen, desde luego, otros imperativos indispensables para que esta moral se conforme y se ponga en pie de lucha; pero aquél es el imperativo fundamental y todos los demás han de subordinarse a él.

7. Otra de las obligaciones insoslayables del rebelde anticapitalista es la *solidaridad* con todos los compañeros de lucha. Aquí la fraternidad no es el tendencioso puente humanista que los ideólogos burgueses quieren tender entre enemigos de clase, sino el apoyo, el auxilio oportuno de quienes comparten la esclavitud y se hallan en la misma trinchera. Solidaridad es amor al prójimo, concordia, camaradería. No sólo tolerar y respetar al otro (al compañero o compañera) sino tener un afecto fraternal por él. Aquel que se niega a brindar su solidaridad a hombres y mujeres en lucha es un egoísta, y su egoísmo, conscientemente o no, entra en complicidad con los enemigos de clase. El caso extremo es el de los *esquiroles*, los cuales, cuando los trabajadores en activo se lanzan a una huelga, aceptan trabajar en su lugar e impiden con ello la paralización de la producción. Los esquiroles también son obreros, también

tienen necesidades imperiosas; se hallan, además, desocupados formando parte del ejército industrial de reserva, pero... Pero su acción, perversa a todas luces^[51], tiene que ser calificada de traición.

El militante anticapitalista ha de deslindarse una y otra vez del político tradicional, del que de dientes afuera está dedicado al servicio social, pero que en el fondo lo que busca es el poder y/o el dinero. El combatiente socialista, a diferencia de éste, ha de ser veraz, generoso, honesto, crítico, valiente, trabajador, etc. La moral revolucionaria no cae del cielo –"como las tablas de la Ley en el Sinaí"–, sino que es producto simultáneo de las relaciones sociales y la libre voluntad del individuo. El luchador de marras no puede dejar de tomar en cuenta que si el ámbito general en que nace y se desarrolla es la explotación y el dominio, él tiene la capacidad de rebelarse y buscar denodadamente su liberación cerrando filas con sus hermanos.

8. Tema fundamental de la historia es el de la separación o no entre lo público y lo privado. En tanto en Grecia estos dos espacios no están divididos, el capitalismo separa y contrapone lo público y lo privado. Pensemos en los trabajadores asalariados del mundo entero. El esfuerzo que realizan en su usina, comercio, banco, servicio, parcela rentada, etc., es el lugar donde le alienan el trabajo, lo explotan y lo dominan. Y esto, para él, es *lo público*. Su casa, donde come, duerme, procrea, le sirve para descansar y reponer fuerzas, es un sitio en que logra sentirse hombre, pero en actividades puramente animales. Y esto, para él,

⁵¹ para quien tiene como el valor más alto la lucha anticapitalista.

es *lo privado*. En lo público se le deshumaniza y en lo privado encuentra una falsa humanización^[52]. Los capitalistas se dan cuenta de la división entre lo público y lo privado y advierte que, en alguna medida, tal separación ya no les conviene: los individuos arrojados a lo privado pueden conversar entre sí, recelar y terminar por asumir una posición crítica. Echan entonces sus redes ideológicas para pescar el mayor número de conciencias, adormilarlas, confundirlas, y lo hacen directa o indirectamente. Una de las maneras principales para reenlazar lo público y lo privado ha sido el intruso cibernético, la TV, quien ha logrado entrar, aposentarse, adueñarse de la casa, vivienda o cuchitril y tener, como un abuelo socarrón y malintencionado, a toda la familia en torno a su voz y su manipulación.

El problema de la escisión de lo público y lo privado también aparece al tratar de la moral revolucionaria. ¿Cuál es o debe ser la posición de ésta ante tal separación? ¿La solución se halla en el abandono de la vida privada y su sustitución por una militancia de tiempo completo, "profesional" y "abnegada"? ¿O hay que buscar otro camino? El Fidel de *Los días terrenales* de José Revueltas dice: "no me importan los problemas de la moral individual, en tanto no constituyan un obstáculo para llegar al fin. Los hombres pueden ser todo lo miserable, ruin y bajo que usted quiera, pero... ya dejarán de serlo cuando se transforme la sociedad"^[53]. Y Bautista reconocía que "los comunistas, debían vivir únicamente para la Causa, no tenían derecho a una vida personal, íntima, privada"^[54]. Estos son puntos

⁵² Como ya lo advierten los *Manuscritos parisinos* de 1844.

⁵³ José Revueltas, *Los días terrenales*, Editorial Stylo, México, 1949, p.152.

⁵⁴ *Ibíd.*, p.157.

de vista que magnifican lo público —la Causa— en detrimento de lo privado. Los apolíticos en cambio, enaltecen lo privado en perjuicio de lo público. Entre estos dos extremos hay un sinnúmero de posiciones intermedias. Los extremos sancionan y profundizan división de que hablo. El fanático, el "cura rojo", ignora y pisotea la vida privada —y a veces se comporta como el peor de los burgueses—; el indiferente, el que "carece de sensibilidad política", vive su miserable vida individual sin reparar en lo que ocurre en su entorno. El fanático niega lo privado a favor de lo público, el apolítico hace otro tanto con lo público a favor de lo privado. Pero la existencia de los dos polos y su conflicto no puede eliminarse absolutizando un extremo. La división de lo público y lo privado existe: la obra del capitalismo. Como constantemente se está reproduciendo, constantemente hay que combatirla. Pero ¿cómo hacerlo? O más precisamente: ¿de qué manera la moral revolucionaria debe enfrentarse a esta división? Me parece que la respuesta a esta pregunta corre en esta dirección: los anticapitalistas deben buscar situarse en un justo medio *dinámico* entre los contrarios, para atender lo público sin descuidar lo privado. En este permanente renlazamiento de un polo con otro, tienen que escudar lo privado de los asedios de la ideología burguesa. La vida privada debe convertirse, así, en vida privada *crítica*. Y en esto no sólo está implicada la lucha contra el fanatismo —uno de los peores defectos en que el rebelde puede caer— sino la idea —tan socorrida en el pasado— de la revolución como violento partteguas de dos épocas. La estrecha concepción del proceso de cambio o la noción catastrofista de la revolución, condujo a no pocos a la idea de que era necesario entregarse a la Causa (o sea al movimiento impulsor del "gran salto") y no prestar atención a los problemas individuales y la moral doméstica —calificados de pequeño-burgueses. La idea

que prevalecía se basaba en un dogma economicista: la finalidad esencial de la revolución era la "socialización" de los medios productivos. Lo demás vendría por añadidura... Pero lo demás –el cambio profundo en todos los terrenos– nunca vino.

9. La moral revolucionaria –como toda moral– presupone la libertad^[55]. Sin libertad –en el sentido de libre arbitrio– no habría responsabilidad y sin responsabilidad es inconcebible cualquier moral. Aunque la afirmación parece extraña en un materialista, me parece indudable la existencia del libre arbitrio. No como un don de la divinidad al hombre, sino como una facultad o aptitud del individuo creada por su compleja organización Material. La estructura cerebral –neuronas, sinapsis, etc– no genera, a mi entender, los pensamientos racionales y las decisiones volitivas, sino la *capacidad* de elegirlos. Si no fuera así, si dichos pensamientos y decisiones brotaran en el fondo de la organización biológica de los humanos, éstos no serían libres ni responsables. La libertad *ontológica* –la aptitud de decidir y no que algo decida por nosotros– es producto de la materia altamente organizada. Esta libertad no es, claro, absoluta: se halla siempre limitada por un entorno social e histórico y una realidad psíquica. Hay cosas que podemos elegir y llevar a cabo y otras no, aunque soñemos con ellas. El *principio de realidad* de Freud que, por así decirlo, aconsejaba al *principio de placer* a medir sus exigencias y a no dar un mal paso, también interviene aquí

⁵⁵ No me voy a referir aquí a la libertad dialéctica (Spinoza, Hegel, Marx...) como conocimiento de la necesidad, sino a la libertad constitutiva u ontológica a la que el pensamiento metafísico denomina *libre albedrío*.

para decirle al individuo cuándo es posible cambiar algo – y comprometerse, por ende, con tal cambio– y cuándo es imposible realizar tal cosa. Por eso el *principio de realidad es un elemento imprescindible para la moral revolucionaria*.

Así como la libertad –en unión de toda la psique– es resultado de la materia altamente organizada, la voluntad es producto de un libre árbitro altamente organizado. Cuando los hombres, libres, no atinan a ejercer su voluntad –aunque la realidad se los esté exigiendo– ello se debe a que su libre arbitrio no está debidamente organizado y que no existe un trabajo autoanalítico que abra en el aparato psíquico la posibilidad de que se ejerza la voluntad, a contrapelo de un obstáculo importante cualquiera. Libertad y voluntad no son lo mismo. La Ética como ciencia nos advierte con claridad que sin libertad no hay voluntad, pero que la libertad puede existir sin estas última. Hay libertad en las pequeñas opciones; pero el hecho de escoger no implica un esfuerzo de la voluntad. Se podría hablar, claro es, de "mínimos esfuerzos volitivos", algunos de ellos inconscientes, aparejados a las opciones cotidianas; pero creo que debemos reservar el nombre de voluntad *a la acción emprendida por la libertad, en nombre de un valor, y venciendo las dificultades de un obstáculo*.

Poseer la capacidad de ser libre *obliga a optar*. La vida humana consiste, entre otras cosas, en estar permanentemente eligiendo. La mayor parte de las veces, se escoge la obligación (es lo más fácil); pero podría elegirse el desacato. No es posible rehuir las pequeñas opciones del vivir cotidiano: levantarse de la cama, salir, desayunarse, ir al trabajo... Hay opciones más o menos *fáciles* (las que se hacen a partir de la rutina, la obligación, el deseo realizable); y hay decisiones más o menos *difíciles* (cuando se

contraponen a una obligación, a un deseo, a una costumbre, a un instinto (al de conservación, por ejemplo), etc. Hay que tener en cuenta, pues, la diferencia existente entre las opciones rutinarias y las decisiones volitivas (que van a contracorriente) y que se inspiran en valores e imperativos. La voluntad es la libertad en armas. Es puño y compromiso. Es afirmación contundente de que ahí, tras ella, está el hombre, en el sentido más elevado del término.

El ir del *ser* al *deber ser*, no sólo se refiere a lo *objetivo* (esto que *es* así, *debiera ser* de otro modo), sino a la *subjetivo* (este *ser* más o menos indiferente que soy, *debiera ser* un militante de la moral revolucionaria). Todavía más. La *transformación objetiva* está condicionada, en medida importante, por la *transformación subjetiva*. Y esto es un reto.

La moral revolucionaria no es una opción fácil; puede acarrear sacrificios, represión, muerte. Pero es la decisión que habrá de asumir las clases sociales explotadas del mundo entero porque en ella se da el concentrado más cabal de sus intereses históricos.

ALGUNOS DE LOS TEXTOS CONSULTADOS

- Baran Paul, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, cuadernos del Pasado y Presente, No. 3, Córdoba, Argentina, 1971.
- Cerroni Umberto, *Marx y el derecho moderno*, Editorial Grijalbo, Teoría y Praxis, México, 1975.
- Engels Federico, "Esbozo de crítica de la economía política" (1843-44) en *Escritos Económicos Varios* de Carlos Marx y Federico Engels, Editorial Grijalbo, México, 1962.
- _____*La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), Editorial Futuro, Buenos Aires, 1946.
- _____"La cuestión de la vivienda" (1872) en *Dialéctica de la naturaleza* y otras obras, Ediciones Pavlov, México, sin fecha.
- González Rojo Enrique, *La actualidad de Marx en el siglo XXI*, Pág. Web www.enriquegonzalezrojo.com.
- Hugo Víctor, *Los miserables* , edición en cuatro tomos de la Editorial Jackson, Buenos Aires, 1959.
- Lukács Georg, *El asalto a la razón*, Fondo de Cultura Económica , México-Buenos Aires, 1959.
- Marx Carlos, "Manuscritos económico-filosóficos de 1844" en *Escritos Económicos Varios* de Carlos Marx y Federico Engels, Editorial Grijalbo, México, 1962.
- _____*El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
- Pérez Stuart José A. Y Pescador Fernando, *La bolsa*, Editorial Diana; México, 1982.
- Revueltas José, *Los días terrenales*, Editorial Stylo, México, 1949.
- Stamen Teo, *Sistemas políticos actuales*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969.
- Trotsky Leon, *Nuestras tareas políticas*, Obras de León Trotsky, tomo 23, Juan Pablos Editor, México, 1975.